

El remordimiento
(Problemas de teología moral)

Fernando González

1935

A mis amigos franceses Auguste Bréal y Alban Roubaud

Nota del Editor

Las dos cartas que siguen explican a librereros y lectores de mi editorial por qué esta obra de Fernando González, anunciada para abril, en *La Cosecha*, entrega de marzo, se retardó un poco.

* * *

Manizales, marzo 2 de 1935

Querido Fernando:

Al sacar en limpio los originales de EL REMORDIMIENTO hice supresión de escenas y cambios de vocabulario en las dos primeras partes, es decir, en la confesión a manera de penitente escrupuloso. Tu personaje se confiesa *un poco demasiado honradamente*. Me pareció impúdico y he querido velar, en busca de aquello que te decía Tomás Carrasquilla: «Escriba un libro para las mujeres, que todas quieren leerlo y los curas no las dejan».

La confesión de tu personaje es plato demasiado fuerte para Colombia; aquí tiene que ser *por la reja*; aquí la necesidad de confesarse no ha nacido todavía. A tu pequeño Rousseau o Agustín, lo van a lapidar; le van a gritar que vaya a confesarse con el padre Mejía, de Envigado. ¿De dónde diablos sacaste a ese tipo? Parece hijo de jesuita... Es demasiada gana de contar la que tiene y... *¡nian virgen estaría la Toni!*

Yo conozco los secretos de la creación artística. Sé muy bien que has *creado* personajes, sacándolos un mucho de ti mismo y otro mucho de tus observaciones. Pero *la gente* dirá que eres tú, y sólo tú y todo tú y armarán el escándalo...

El tratado sobre el *remordimiento*, tercera parte, quedó tal como está en tus originales. Me pareció perfecto. Duro, escolástico y hace agradable contraste con el arte de la novela. Aparecen el filósofo y el artista, el que medita y el creador. Dos estilos, dos vestidos.

Aunque me autorizaste para hacer «lo que me pareciera bien» en todos tus libros, no he querido entregar estas páginas al editor sin tu aprobación. Temo haber dañado la unidad psicológica de la obra y mortificarte con las supresiones y cambios, como sucedió en *Viaje a pie*.

Alfonso González

* * *

Marzo 19 de 1935
Envigado (Villa «Bucarest»)

Querido Alfonso:

Ayer recibí la copia extracto del libro «*Mademoiselle Toní*», desde páginas 35 a 53 inclusive, y fue como si me hubieran dado garrotazo en el cerebro. Inmediatamente sentí congestión y profunda tristeza. Te puse telegrama en que impruebo el trabajo. Dormí mal, pasé con toda la energía vital herida y esta mañana resolví entrar en polémica contigo, pues veo que esto será disgusto para ti también y que es absolutamente imposible que Toní «vea la luz pública». (Pongo esta frase, para indicar cómo escribe la gente «bien educada», es decir, que para todo tiene una frase hecha, pudorosa; para todo tiene un reflejo).

No se publicará el libro, pero vas a ver cómo tengo razón. Si la Toní, si la vida no es propia para Colombia, si no tiene la *belleza legal* colombiana, ¡mejor! Si yo escribiera libros *aprobados aquí*, no valdría nada, sería un Laureano Gómez. Vamos por partes.

Tú extractaste mi libro, extractaste de él los himnos y las conclusiones y le pusiste camisa púdica; abandonaste la vida. Es como si hubieras cogido un árbol y arrancádole las flores, para adornar una sala, ¡porque las *señoras* y los *señores* no pueden ver las raíces y las ramas! Eso se llama *enjolivement*; es el arte *preciosista*, cosa triste, muerta y que repugna al *gran estilo*; eso no se puede hacer con Goethe ni conmigo. ¿Es posible coger un niño sano, vital, y quitarle las nalgas, el vientre, los pies, los órganos genitales, y decir que los ojos, sólo los ojos, son presentables, son bellos? Para quien ame lo bonito, sí. Pero tal no es la belleza de la vida, animal profundo, devenir de un pasado remoto y oscuro hacia remoto y oscuro mañana, animal que se nutre de todos los instintos, de todos los jugos. El arte proviene de embriaguez causada por los instintos vitales en su cúspide. El verdadero arte huele a semilla, a semen, a humus. Es ceiba retorcida que extiende sus raíces a los ríos, pantanos y descomposiciones. La *bonitura* es arreglo, es artificio, es planta sin raíces y mútila.

Vamos a las supresiones: ¿Crees tú que la escena de la olida de los calzoncitos de Toní es *inmoral*? ¿Es *mala*? Entonces eres *moralista*, has perdido la inocencia vital. ¿No gozabas tú oliendo la ropa de nuestro padre? ¿No me deleito yo con el olor de las cabezas de mis hijos? Mientras más se intensifica el sentimiento amoroso, más los huelo deleitadamente. Oler es el primer acto del amor. Huele la vaca a su mamón. Todos los animales, hasta nosotros, dizque privilegiados, olemos para amar, olemos para excitar la energía. Tal escena, que tiene raíces en

la vida, es bellísima, casi la esencia del libro; sin ella, no tienen sentido las conclusiones. Tal era mi tentación, que olía sus ropitas; tal era el guiño tentador que me hacía la vida, que yo me medía sobre su cama, a solas, para ver cómo quedaba uno allí. Y todo eso lo suprimiste, para que pudieran leerlo *las palúdicas, santas de palo*.

¿Cómo te atreviste a poner «calzones» de Toní, en vez de «calzoncitos»? La muchacha tiene «calzoncitos», o sea, pequeños, limpios, y *Pacho-loco*, el mendigo que acaba de entrar a casa, tiene «calzones».

Pusiste «prendas de su feminidad íntima», en lugar de «ropitas de Toní». «Prendas» es como dicen los padres Ochoa y Mejía, curas de Envigado, en el púlpito, o sea, pornografía, hipocresía, vergüenza, pecado. «Ropitas» fue lo que yo vi y oí en la cómoda de la muchacha, o sea, unas camisitas y calzoncitos de seda, requetedoblados con el arte que tienen en Francia. Si yo le hubiera ofrecido a la Virgen «los calzones de Toní», ésta sería la hora en que estuviera avergonzado... «Calzones» y «prendas» tiene Fernanda Ramírez.

«Oye risas, y no lo recupera hasta que haya entrado por la angosta y sospechosa escalera...». No; así queda hipócrita; se presta para las suposiciones de estudiantes jesuíticos. Es: «...hasta que haya entrado por la angosta y oscura escalera, *a faire l'amour*, de dos hasta cincuenta francos...». El gran arte es la inocencia perfecta, la reconciliación con la vida, eso que la gente *enjolivée* apellida *perversidad*.

«Camisas *vaporosas*» o «*túnicas vaporosas*», en lugar de «túnicas que llegan hasta las barrigas», es de Pacho Pérez, prototipo del *enjolivé*.

Todo lo que quitaste, todo lo que cambiaste en estas páginas, era la columna vertebral de la potranca. Atentaste contra la vida, suprimiste la lógica que preside al devenir. Hiciste verdadera pornografía. Pornografía es tenerle miedo a la vida, a la verdad de la vida, tener los instintos vitales encapuchados en la oscuridad de la vergüenza.

El libro tiene que quedar tal como me nació, sin cambios, sin supresiones, porque si no, tendríamos sermonario para señoritas histéricas.

La *Estética* es efecto de culminación vital. Lo bello es vitalidad. Se trata de fenómenos semejantes en todo a la fecundidad fisiológica. La misma energía preside al aparecer de organismos y de obras de arte. Si en una madre hay carencia de poder organizador, si la fuerza vital no consigue hacerle derechas las piernas al niño, di: *feo*. Si el niño sale con ojos bonitos, si la madre pare únicamente unos ojos, di: *monstruosidad*. Pero si pare un muchacho con nalgas, con ano, con todo y todo consonante, di que hay belleza, o sea, poder vital.

Tal la enormidad de Miguelángel: era como la vida, era creador de organismos aun más poderosos que los de la vida actual: hombres y mujeres más fuertes, más plenos que los de ahora, más capaces.

Por eso, la historia del padre Izu es esencial en mi libro. Mi polémica con ese jesuita es la misma que tengo contigo. A él le preguntaba: «¿Por qué va a ser malo *oler* la ropita de Toní?».

Y tú suprimiste tal escena y dejaste las conclusiones, donde dice: «¿Por qué hay cosas buenas y cosas malas?». Tal como lo dejaste, pueden preguntar: ¿Quién es éste tan sermonero, tan filósofo en el vacío? ¿Quién, éste tan carajo?

Y suprimiste las escenas con Jorge, los celos porque Jorge pudiera mirar a la Toní. Suprimiste la escena en el café «La Cigarra». Suprimiste las frases en francés, cuando yo viví esa vida en francés y el amor de Toní me sabe a francés. De sesenta páginas a dos espacios dejaste ¡¡¡veinte!!! Eso lo podrán hacer los futuros hombres púlicos con el título de «FERNANDO GONZÁLEZ PARA NIÑOS Y SEÑORITAS BIEN EDUCADAS». Pero yo, el solitario que renunció a honores fáciles, que vive en pobreza, para no verse obligado a *juntarse* con López, Laureanos y Olayas, yo soy artista de la vida, pintor de animales en celo.

Tú capaste a la novilla. Así como los jesuitas a la «Historia Natural» en que nos enseñaban a ser perversos: ¡le recortaban las páginas en que se describían los órganos genitales!

Tú dices que mi libro, tal como me nació, es pornográfico e ilegible, y yo te contesto que pornográfica es toda esta Suramérica hija de clérigos, *hombres tapados por la vergüenza a la vida*. Por eso, nuestra raza es estéril, avergonzada: raza de hombres que hacen las cosas y se esconden, *avergonzados de estar vivos*. Miguelángel y yo sentimos todos los instintos agrandados y no hacemos nada perverso; creamos seres con pechos, pene, ano, piernas, brazos, pies y manos, tronco y cabeza. Yo no le hice mal a Toní, no la dejé abandonada, desempeñando el oficio de ramera. El instinto aristocrático me impidió causarle miseria. ¡Y yo soy el perverso, yo soy el pornográfico! Cualquier colombiano la habría arrojado a la calle de la *Pouterie*, les habría contado a los compañeros, para que fueran a acabar la obra de manchar, de envejecer, de prostituir; sí, les habría contado, pero en voz baja, en voz parecida a «prenda de vestir»... Y yo cuento todo lo que sucedió, las tentaciones que tuve, mis impulsos e inhibiciones. ¡Yo dizque soy el pornográfico! El otro, el virtuoso, aquél que contaría la indignación con que arrojó a Toní de su hogar, cuando ella le escribió y puso en la bata de baño un papelito con estas palabras: JE VOUS AME.

Y resulta, en definitiva, que yo quiero tener la inocencia y santidad de los grandes falos que ponían en los aleros de las casas de Pompeya; quiero tener la inocencia de la vida griega y que en Colombia me llamen *impuro*. Prefiero ser hijo de la vida, palpitante, armonioso, y no un santo de palo, como estos suramericanos hijos del pecado y de la miseria.

Así, pues, la Toní quedará en manuscritos, para mí. No quiero darla a este pueblo de hipócritas.

Y la vida misma me justifica: allá están Toní y Teanós; ambas me quieren aún y, cuando cometan bajezas, se acordarán del «monsieur Fernandó», con nostalgia.

Para los colombianos, yo soy pornográfico. Pueblo mísero, envilecido por centurias de dominio español, convento de clérigos vestidos hasta las orejas, pueblo cuya capital es Bogotá, ciudad habitada por hombres que piensan, escriben y viven para «cubrirse», porque son pecados andantes. Miguelángel, Goethe, el Libertador y yo no nos tapamos.

www.otraparte.org

¡Deja virgen a Toní! Que no se publique. Aquí serían capaces de ir a buscarla a «rue d'Arenc» para hacerle mal y para venir a decir en las iglesias: «¡Qué mala esa muchacha! Acúsome padre *de que me dejé inducir al mal* por una muchacha de Marsella...».

Todo es esencial en mi libro. Si suprimiste, renuncio a la publicación.

Te abraza,

Fernando

Introducción

¡Qué animales tan hermosos hizo el Señor al crear las muchachas! Desde hace días me tienen perturbado. ¿Y qué dice usted de los árboles, troncos, ramas, hojas y flores? ¿Y qué del agua en sus variados aspectos de mar, lago, río, riachuelo, quebrada, amagamiento, fuente, aguacero, llovizna, nube, nubecilla?... ¿Qué dice de luz y sombra, de Sol y estrellas? Entre todas esas cosas se pasea, diosa en su palacio, la muchacha, que nos tienta, que nos incita, que nos tumba, que nos hace nacer y morir. ¡Qué bellas, qué insuperables para el amor! Y qué bobas para conversar, para todo lo demás... ¡Ser perfecto es la muchacha!

Amo a Dios: luz, forma, todas las ideas. ¡Oh, único, muchacha de las muchachas, árbol de los árboles, mar de los mares! ¡Oh, Tú, el ejemplar, Tú, el que no eres sino bueno!

¡Ven y sácame, porque corro desolado! ¡Ábreme, porque estoy tocando a todas las puertas!
¡Ven, que ya me estoy muriendo de amor!

¿Eres Tú, Señor, el que te mueves así en el cuerpo de la Toní? Sí. Eres Tú, que estás jugando conmigo y ya me matas. ¡Déjate coger! ¡Déjate ya de guiños y de símbolos!

¿Eres Tú el que te manifiestas en ramas, en brazos retorcidos, en esta ceiba? Déjame poseer todas las formas, todas las maneras, todas las turgencias, todas las curvas, todos los pechos indiciales, y promesas y realidades, porque si no... ¿qué haré con mi amor que no quiere una sola muchacha, ni un solo árbol ni una sola agua?

¡Ven, Tú, el ejemplar, y tápame! Tápame Tú, porque no acepto bellezas en comodato, ni copias; quiero poseerte a ti, que no mueres ni enfermas. Quiero amar al que no envejece, al que tiene siempre dientes juveniles; quiero amarte a ti, Señor, eterna y perfecta juventud.

¡Dame, pues, el pecho ejemplar, matriz de todos los pechos; los ojos, dechado de todos los ojos; la curva perfecta; la turgencia modelo! Dátame, Señor, pronto, porque voy detrás de las muchachas, árboles, luces y sombras, y no me satisfacen sino que me dirigen a ti, me dan tu dirección... y ya estoy desfallecido de buscarte.

Envigado, febrero de 1935

PRIMERA PARTE

Análisis

Esta muchacha, *mademoiselle Toní*, era un poderoso animal. De nuestros amores nacieron el remordimiento y algunas consideraciones.

Todo sucedió en Marsella, a orillas del Mediterráneo, en donde habita la belleza con sus amantes.

No la vi en vestido de baño, como a Teanós; apenas desnuda en París, en el hotel de una calle que desemboca en el bulevar de *Bonnes Nouvelles*.

Este libro se refiere a Toní, a pesar de que en mis notas de aquel tiempo se dicen más cosas de «Salomé», de la señorita Babí y de *madame* Rousseau, pues indudablemente es ella la que ocupa y ocupaba el centro de mis pensamientos.

No hubo entre nosotros nada que no pueda contarse.

De Teanós se dice algo apenas, porque Toní fue quien la reemplazó como institutriz y mis apuntes comenzaron a poco de la llegada de ésta a mi hogar.

Indudablemente que Teanós fue interesante, pero hay que limitarse para la obra de arte. La vi en vestido de baño; durante un verano me acompañó sobre la arena de *El Paseo de la Playa*, por las mañanas, cuando yo iba a fumar el cigarrillo; se echaba arena entre las piernas, para dejar su forma. Un día en que las olas eran muy fuertes, la cogí por los brazos y el agua la arrojaba contra mí... Y fue precisamente en esa noche ardorosa de agosto: yo estudiaba teología en mi despacho; sabía que Teanós estaba reposando en el jardín, bajo el plátano, extendida en una perezosa, vestida con negligencia. Este conocimiento no me dejaba estudiar, y cerré la puerta. De pronto, sentí que por debajo de ella arrojaban un papelito. Decía: *Je t'ai donné tout et pour toi c'était l'ombre d'un caprice...* Decía otras cosas, pero se me quedó en la memoria esa frase que encierra un problema muy difícil, más que mis estudios acerca de Dios. ¿Qué cosa sería la que me había dado Teanós? ¿Qué entienden las mujeres por darlo todo? Era griega de Atenas, tenía gran elasticidad y amaba el estudio. Su boca era pequeña como un pellizco, y suspiraba muy bueno en las noches de verano... Le guardo un poco de rencor, a causa de que puse el papelito en mi bata de baño y allí lo encontró *Mlle. Babí*, que repetía: «*¡Ella te lo ha dado todo!...*». ¡Dios mío! ¿Qué entienden las mujeres por *todo*? Jamás he podido explicarle; nunca podrá creer que Teanós no me dio sino estímulos para meditar.

* * *

Siento necesidad de sacar en limpio, comentar y terminar las notas escritas durante la época en que vivió en casa la *señorita Toní*. Deseo que conozcan tanto de mí como yo y que sepan que jamás he consentido en el *pecado*. Además, las mañanas, cuando no hay presión atmosférica y salgo para Envigado a beber café bajo las ceibas, la imagen de Toní me tienta. Siento remordimiento de no haberle recibido el cuerpo que me ofreció. ¡Si el lector la conociera! Era un poderoso animal.

Esa fue la sensación que tuve la mañana invernal en que entró a casa con el periódico en la mano. Yo soy intuitivo. Tocó a la puerta; abrí; preguntó por *madame*; subió las escaleras, y yo iba detrás, anonadado, sintiendo que IBA A ENTRAR EN MI CASA UN PODEROSO ANIMAL. Yo quería decir que no; tenía el deber de negarme a recibirla. Pero ya Dios había dispuesto otra cosa, para que me perfeccionara en el estudio del remordimiento.

Tres son las mujeres con quienes he imitado a José: la criada Margarita, en mi niñez, cuando estudiaba donde los jesuitas y vivía con mi tío Baltasar. Con ésta fue por incapacidad material, que es el más cruel de todos los remordimientos. Teanós, de Atenas, y Toní, de Alsacia. ¡Variados remordimientos que me causan las tres mujeres que me amaron y de quienes no gocé, ya por impotencia, ya por estar enamorado de una imagen propia, o sea, enamorado de la superación!

* * *

Respecto de Toní, deseo ser perfecto. Diré nada más que lo referente a ella; concentraré todo mi organismo a revivirla. Tal es la perfección artística. Contaré todo lo que sucedió y nada más. Será, pues, únicamente *mademoiselle Toní* y no podrá confundirse con ninguna otra muchacha ni con otro libro. Lo que nació de nuestros amores es EL REMORDIMIENTO.

Lo cierto es que ahora, cuando mi carne cuarentona recupera la sinergia, por aquí, en Envigado, la Toní me remuerde. Poco a poco lo comprenderá el lector. ¿Cómo decirlo? Así: *en Envigado tengo un remordimiento de no haberme acostado con Toní, que me está matando.*

¿Comprenden? Por entre estas cañadas, en los mamelones de la finca de Pacho Pareja, en donde Dios hizo a Eva de catorce años y medio, mi carne cuarentona resurge y me grita: «¿Por qué no te acostaste con Toní? ¡Ya es irremediable!...».

Estas cosas que deseo explicar sucedieron en Marsella, y, la última, en el hotel de una calle que desemboca al bulevar de *Bonnes Nouvelles* y que se llama LA CAJA DEL AMOR.

Precisamente la tristeza de este libro consiste en que nada sucedió; apenas nacieron fenómenos morales; hubo intenciones. Nuestras almas se desgarraron, sobre todo la mía. La de Toní, no lo creo... Yo fui el que perdió la virginidad moral, el que perfeccionó en ese hotel sus ideas morales. Toní se quedó en París, virgen y desilusionada indudablemente. Porque era muy pasional, completa juventud, carecía de la facultad de volver sobre sus amagos de actos. Sin duda que no podrá comprender mi conducta y que me desprecia, sobre todo cuando se

entregue al hombre que ya debió poseerla. Sí; tan joven era, que me parece imposible que comprenda las inhibiciones que tuve al lado de su cuerpo tonificante. Era de baja estatura, fornida y rubia; los ojos verdes; olor vitaminoso, agradable, de las jóvenes en celo. Caminaba a pasos largos, resultado de su mitad de sangre teutona y tenía manos anchas de alsaciana. Y ¡la elasticidad!, ¡el poder recuperador de su carne!: hundía yo el dedo y percibía la juventud...

* * *

Creo que los jóvenes no me perdonarán; no pueden comprenderme. Están imposibilitados. Los jóvenes son muy bellos, pero de ignorancia repugnante. Desde el punto de vista espiritual, nada peor que la juventud. ¡Claro! Juventud es carne prepotente. Apenas si puedo aspirar al perdón de aquellas señoritas que acaban de terminar los ejercicios de San Ignacio. Los demás sí me perdonarán, o sea, los que han transitado conmigo el camino del espíritu, o los que ya perdieron las hormonas y que dicen: «¡Nada como el renunciamento!».

Por mi parte, fue que nací teólogo; me considero gente de iglesia. Cuando me paseo por los atrios de los templos, me parece que estoy en casa.

¿Qué me gusta? Ayer me preguntaba Félix: «¿Qué te gusta para trabajar?». Examiné despacio, y no me gusta ser abogado, ni gobernador, ni periodista, ni comerciante o industrial. Únicamente me gusta pensar, *estar pensando por ahí*, de pie bajo los árboles, sentado en el excusado o paseando despacio por lugares desiertos. Claro que habría sido mejor ser *hombre de iglesia*, pues el sacerdote está todo el día por ahí, confesando muchachas, y no le impiden los negocios. Las muchachas son para mí un excitante del pensamiento; no es propiamente que yo sea carnal, como lo veremos, sino que cuando hay muchachas en mi vida, *se me ponen* los problemas morales. Me excitan. Lo he visto muy claro ahora, cuando me vine de Marsella, a causa del cruel Mussolini. Me paseo por Medellín, por los atrios de las catedrales o por las calles del comercio, y no veo los negocios, las cosas que se pueden vender más caras. Me repugna el periodismo y conversar de nombramientos, o sea, de política colombiana. Los amigos me miran con lástima, como a ser inútil. Como miran a los eclesiásticos...

Con Félix, me detengo frente a la casa donde vive la hija de un jefe conservador, enriquecido a causa de trabajar en el Congreso; esa hija del político tiene ojos de languidez de entrega tal, que *se me ponen* los problemas teológicos. Y digo: «Hay instantes en que quisiera haber muerto; pero, compréndeme, quisiera haber muerto, y si me ofrecieran diez mil años de vida, los aceptaría. Mejor dicho, la vida fenoménica es un mal, un sufrimiento, pero es una posibilidad. Una vez muertos, hay una liquidación y tenemos definitivamente la cantidad de conciencia adquirida; ya no existimos sino que somos. Aceptaría, agrego, mientras la hija del congresista abre la ventana, diez mil años de experimentación, para aumentar mi conciencia».

Cuento esto para que se vea cómo, a pesar de ni siquiera haber hablado con la hija del conservador, ella me ayuda a que se me pongan los problemas. Pues lo mismo sucedió con Teanós y con Toní: allá las dejé vírgenes en las orillas del Huveaune, pero me preñaron a mí de remordimiento. Hoy sé por qué progresa moralmente el hombre; conozco el mecanismo del libre albedrío, a causa de estas dos mujeres.

Por eso, mis novelas no acaban; en ellas, la gente no se casa; a veces se muere, así como mueren los seres reales, porque estaban viejos o enfermos. Ayer examiné un libro de Chejov y vi que Andrés Efimich se murió en el último capítulo, a consecuencia de los dos primeros. En los míos, no: Toní no se muere, ni se casa, ni le sucede nada. Se queda virgen; casi no trato de ella en mis cuadernos de Marsella, y, sin embargo, es trascendental, eje de los problemas que se me pusieron, incitadora de mi actividad, materia de mi experimentación, y madre de un hijo que tuve y que me sirve para explicar el mecanismo del progreso: EL REMORDIMIENTO.

* * *

El hecho esencial de esta historia es que Toní era virgen en Europa, de diecinueve años y gran capacidad deleitadora; que entró a casa y que le fue naciendo el deseo de apoderarse de mí; que me urgió con actos, sin palabras; que me sentí elevado por el orgullo de saber que podría *gozar mucho, que podría irme bajo los plátanos, como mi gata «Salomé», como madame Rousseau, como todo lo primaveral, y que no lo hacía, para OFRECERLE UN SACRIFICIO AL ESPÍRITU.*

¿Quién es el superhombre? El que se domina a sí mismo, para ascender en conciencia. Una vez que se logra ser el modelo, se crea otro ideal, etcétera.

Así, pues, la teología que yo estudiaba en el instante en que Teanós me echó por debajo de la puerta el papelito, era así, reconstruida, poco más menos:

Ensayo Teológico

I

El hombre es un porvenir: porque todos se desprecian en el instante presente. Recorramos las situaciones en que puede estar un hombre: tiene esta hacienda, y quiere poseer la otra. Sabe una cosa, y no admira sino al que sabe dos. Lo ama una mujer, y sólo le gustan las demás. Todos los santos se han creído malos. Alfonso López, que deseó tanto como Pedro Nel la presidencia, ya tiene cara de hastío. Y, por ejemplo, cuando entramos Toní y yo a «LA CAJA DEL AMOR», nos atendió y desarregló la cama una parisiense de dieciocho años, y recuerdo muy bien que durante un instante me pasó por la conciencia lo siguiente, prueba del divino descontento humano: «¡Si Toní se fuera y se quedara ésta!...». Me da pena confesarlo, pero siempre sucedía igual cosa, que por hermosa que fuera la mujer con quien iba a disciplinarme moralmente, prefería la muchacha que nos destendía la cama y que murmuraba desfallecida: «*Monsieur, on doit payer d'avance. C'est par habitude...*».

Por eso, yo aceptaría diez mil años, porque apenas así lograría progresar, pues en la vida del espíritu se asciende dificultosamente. En sesenta años no hay modificación, y de ahí que algunos observadores sostengan que el carácter es inmutable. Ni en cuatro mil años se contempla el paso del mono al animal erecto.

II

El hombre asciende en virtud del remordimiento: despreciamos al ser actual y actuante que somos, porque la inteligencia nos muestra seres que obran mejor y deseamos ser como ellos. De allí que nuestros actos *nos remuerdan*.

Por ejemplo, en esa época en que no quise acostarme con Toní, era porque me acordaba de los remordimientos. Eso constituía una motivación para no acostarme. Ya era el ser ideal de otros tiempos, *el que no se acostaba*. Pero, al mismo tiempo, me recordaba el hecho de atizar la pasión de Toní, de hacer esfuerzos para inducirla. Mi ideal había progresado. Había logrado ser *el que no se acuesta* y quería ser *el que no atiza a las muchachas*.

¿Por qué atizaba a Toní y a Teanós? ¡No sé! Porque era cuarentón y me parecía que las muchachas no podrían amarme tanto como yo a ellas y que, por eso, mis sacrificios al espíritu valían casi nada. Quería que me amaran mucho, para que mis sacrificios fueran de verdad, y, por eso, Toní es más importante que Teanós, quien no era virgen, ni tenía diecinueve años. ¡Era más gracia con Toní!

Cuando llegaban gentes al Consulado y veía que casi todas eran menores que yo, me preguntaba: «¿Qué diablos voy a ofrecer al espíritu? ¿Qué primaveras puedo sacrificar?». Por eso atizaba estos amoríos de mi carne madura, y cuando Toní me entregó un papelito que decía, «J.V.A.», *yo te amo*, corrí a la iglesia de la calle Paraíso, me arrodillé y le dije al espíritu: «*Vengo a ofrecerte este papelito...; en cambio, dame conocimiento...*».

Como estaba resuelto a no acostarme, me parecía que había progresado en conciencia, y, al pensar en Colombia, me decía: «¿Quién hay por allá, como yo, capaz de estos sacrificios al espíritu?». Cuando me destituyeron, pensaba: «En Colombia no rige la causalidad. ¿Creen por allá que uno de estos que han mandado a los restaurantes, sea capaz de ofrecer una cosa como Toní al espíritu?... Puede haber gente en Colombia que no se haya acostado con Toní, por feos o por miedo al infierno, pero ¿por desprecio del instante presente, por superación? No... Pocos somos los que hemos sido preñados por las muchachas, o sea, por la belleza. Muy pocos, y los demás se han dedicado a prolongar el fenómeno de la carne organizada, el triste fenómeno de la mediocridad suramericana».

III

El hombre no es libre, pero la inteligencia lo liberta: pruebas. Ni las necesita, pues nadie escoge lo que le parece menos bueno. La mayor motivación nos mueve a obrar. Esto es un postulado. Desde que un acto se ejecuta, hubo motivación.

Así, no hay premios ni castigos. El *cielo* consiste en el estado de conciencia adquirido a tiempo de morir. Lo mismo, el *infierno*. Es un estado-resumen de la conciencia. Al morir, cesa la posibilidad que se llama tiempo y espacio, posibilidad de ascender. Cesa la apariencia; no *existimos* después de la muerte, sino que *somos*. La inteligencia liberta al hombre por medio

del siguiente mecanismo: conocimiento (ideal); remordimiento (desprecio del instante presente); arrepentimiento, tentación, etc. Fenómenos morales.

Porque resulta que la inteligencia objetiva nuestros actos y los critica; nos objetivamos y nos criticamos. Entonces dice: «Podrías haber obrado de otro modo mejor; ser más noble, etc.». La imaginación nos hace ver las lejanas promesas de seres que seremos, más bellos, que no hacen lo que hicimos. Somos el animal erecto que mira siempre al horizonte, línea que siempre se aleja, ideal que nunca se alcanza.

En cuanto conocemos, deseamos, y en cuanto deseamos, estamos descontentos de la realidad.

Podemos hacer una definición de remordimiento: es dolor producido por la objetivación de los actos propios que no están acordes con el ideal que percibe nuestra inteligencia.

De ahí viene mi antigua práctica de echar delante, materializado, a Jacinto Salazar, el hombre carón, risueño, fornido pero muy ágil: es la persona que deseo llegar a ser, y cambia cada semana.

Obrar, meditar, arrepentirse, anhelar: ahí me tenéis la vida del hombre. El fin es irnos libertando de nosotros mismos. La vejez, teóricamente y contemplada en Sócrates, es mejor que la juventud.

El remordimiento crea repugnancias por los actos impropios del ideal que tenemos en determinada época, o sea, crea arrepentimiento. Motivaciones para no obrar como lo hicimos.

IV

Tenemos derecho a experimentar: sabido es que la santidad consiste en el vencimiento. Un hombre puede conducirse con decencia y la gente vulgar creer que hay santificación, pero no la hay si no existe el esfuerzo. Por eso, «sólo Dios conoce a sus santos». ¿Quién afirma que Sarret, el notario marsellés que mató a Chambón y a su amante, para robarles, y que disolvió con ácidos, en una bañera, sus cadáveres, es menor que el juez que lo condenó a la guillotina? Habría que medir la cantidad de pasiones activas y pasivas, la cantidad de posibilidades en cada uno, la cantidad de esfuerzo e inteligencia espiritual. Muchas cosas habría que medir y, entonces, podríamos conjeturar apenas.

Tenemos el derecho de cumplir los instintos, para llegar a odiarnos en virtud del remordimiento y llegar a ser otros en virtud del arrepentimiento. Es el proceso de la teología moral. Entiendo por teología moral el estudio de Dios en cuanto se relaciona con el hombre. Tenemos el derecho de gozar de todos los instintos, para sentir el dolor que causa el goce y llegar así, poco a poco, a la beatitud. Ésta consiste en estado de conciencia no sujeto al tiempo ni al espacio.

Evidentes son para mí estas cosas, pues he llegado a despreciar la vida en virtud de haberla gozado. Si le dije a Toní, NON SERVIAM, o sea, *no me acostaré*, fue porque ya me había acostado con otras. Y si he llegado a amar tanto la vida, como campo de experimentación y

ascenso, es a causa de mis pecados y arrepentimientos. ¿Qué sabría hoy de la belleza, si hubiera huido desde el principio de pecado y fealdad? ¿Cómo podría apreciar ahora mis beatitudes, si no hubiera sufrido la sucesión, la detestable sucesión?

V

El ser está fuera de la apariencia: esto es evidente. Dios no existe. Es. YO SOY EL QUE ES. Si de Dios se pudiera tratar, sería fenómeno. La palabra...

* * *

Recuerdo muy bien que iba en ese punto de mis meditaciones cuando Teanós arrojó el papelito en que decía que ella me lo había dado todo y que para mí ella era apenas la sombra de un capricho. ¡Mentiras de Teanós! Ella exageraba, pero mi carne se encabritó. Eran las once de la noche en el mes de agosto; el Sol acababa de hundirse tras el castillo de If. La familia estaba en el café «La Cigarra». Nos hallábamos solos; ella, bajo el plátano y yo dentro de Dios. Me asomé por la ventana, y el mar Mediterráneo estaba anonadado y palpitante de amor, así como el pecho de las señoras gordas cuando se emocionan, que sube y baja, que sube y baja, no de frente sino de para arriba, hasta que hace derramar las lágrimas.

Vacilé. Fui a abrir la puerta y a gritar: «¡Teanós, ven!», pero me acordé del mecanismo de teología moral que acababa de descubrir, y de que dentro de pocos movimientos del péndulo *ya me habría acostado con Teanós*. Entonces dije al espíritu, por la ventana: «Te ofrezco a esta muchacha de Atenas, a cambio de conocimiento».

* * *

Pero no crean que en estos triunfos hay alegría constante. La carne sigue quejándose. El espíritu se enorgullece, pero la carne reprocha, sobre todo cuando recobra la supremacía, como me sucede desde que regresé de Francia y habito entre las cañadas andinas. Por aquí, Toní me remuerde al revés, o sea, por haberla dejado virgen a orillas del Huveaune.

Esto es lo curioso del remordimiento, que remuerde la acción baja y que remuerde la acción alta. Pero este segundo remordimiento va mezclado de beatitud, de un orgullo que da gusto. Es como si una muchacha estuviera implorando a nuestros pies, humillada, y nosotros nos sintiéramos domadores. Es el buen remordimiento, así como hubo buen ladrón. El primer remordimiento es doloroso.

Penetremos más: el remordimiento bueno consiste en los reclamos de los instintos vencidos. Por tanto, tiene auges y disminuciones, así como tales instintos, en el curso de la vida; auges, cuando las tendencias vencidas recobran vitalidad. Por eso digo que ahora, en Envigado, entre las cañadas y los mamelones, *tengo un remordimiento de no haberme acostado con Toní, que me está matando*.

Al final estará la sistematización de mis estudios acerca de *remordimiento*, *tentación*, *arrepentimiento* y *confesión*. Es el ensayo de que me enorgullezco, todo él hijo mío, el único hijo que tuve con Toní...

* * *

¿Toní estará virgen aún?... ¡Líbrame, Señor, de estas tentaciones, libértame de estos remordimientos que me asedian en la continencia en que me encierro ahora! Creo que sólo mediante examen honrado y minucioso de las motivaciones de ese hoy doloroso renunciamiento al cuerpo de Toní, podré librarme del fantasma de esta muchacha que tenía tal decisión de entrega en los ojos y regada en todo el cuerpo, que desfallezco aún.

La literatura ha sido mi panacea; es una necesidad espiritual, sucedáneo del confesonario. Tanto me confesé donde los jesuitas que si no lo hago ahora, me extingo. Mis lectores reemplazan hoy al padre Mairena y, curioso, en uno y otros he hallado incompreensión. Pero ambos han sido instrumentos y nada importa que no entiendan: la cuestión es confesarse.

* * *

Pero voy a bregar por describir, por contar, pues en mis notas no está la descripción. Fueron redactadas día a día, en mis libretas, sin la posibilidad de volver, como lo hago ahora, sobre el conjunto de la experiencia, objetivada. En ese tiempo yo era actor y hoy me he convertido en espectador de mí mismo. Es lo curioso del tiempo, que en el instante presente somos actores y no podemos vernos y criticarnos, y en el pasado somos como terceras personas, materia de conocimiento para nosotros mismos. De ahí que nos creamos libres, sin serlo, pues el presente es tan indivisible, que siempre nos vemos como materia de crítica. Cuando la conciencia aparece respecto de un hecho interno, éste ya sucedió: POR ESO NOS CREEMOS LIBRES, PORQUE NOS VEMOS SIEMPRE EN EL PASADO.

Claro que el tiempo no existe de suyo, sino que es el suceder de los fenómenos; es una apariencia, una resultante, así como la sombra. Estos son misterios muy grandes y Toní era tan bella, tan real, tan decidida y tan virgen, que la estoy profanando con estos enredos de la metafísica.

Hoy tengo toda la historia de Toní ante mi inteligencia, objetivada como si fuera una aventura de mi conuñado Félix. Penetro en mis propios secretos y comprendo la razón de mis acciones, de insultar y rebajar a Toní, de ir a la iglesia de la calle Paraíso, y ¿por qué seguí paso a paso los amores de la gatica «Salomé» y apedreaba a sus amantes en los tejados del jardín? ¿Comprende el lector? ¿Comprende lo ágil y rábula de mi instinto?

¿Qué pasó?: que la Toní quiso dárseme. No. ¡Alto ahí! Fue inducida, atizada por mí, rábula monstruoso de la psicología y del confesonario, hasta que sintió la necesidad de entregárseme toda y yo no la recibí... O, mejor, yo sí la recibía, puesto que gozaba. (Me parece que me estoy confesando. Así lo hacía: buscando, dudando, rumiando, distinguiendo). No la recibía materialmente. Me inhibía y gozaba de un placer tan grande en ese renunciamiento material, que me hacía hasta cosquillas. Me creía un héroe de la renuncia, cuando, en verdad,

inconscientemente, estaba cometiendo el pecado del deleite. En mis heroísmos y virtudes he sido jesuita expulsado de la comunidad: lo he sido en el confesonario, en la limosna, en el amor y con los sapos. Alguna vez me dio la manía de coger sapos, porque me repugnaban y quería sentirme héroe. Otra vez fue con las mujeres, para vencer la timidez.

* * *

En este libro me esforzaré por ser completamente desnudo; diré toda y nada más que la verdad, contaré lo que hice y por qué y sentiré que he ascendido en desnudez.

Todo lo contaré, todo, hasta aquello que hice con Toní en el hotel Esfinge de la calle Sénac, en Marsella. ¡Si pudiera reproducir el timbre de la voz de Toní cuando me suplicaba implorante: «*Ne fais pas ça... Fernandó!*». Pronunciaba así mi nombre, por la primera vez en aquellos instantes, pues antes me llamaba *monsieur Gonzalés*. Cuando me llamó así, sentí que era hijo de Dios, me arrepentí, le regalé mi camándula y le di muchos consejos espirituales. Recuerdo muy bien, se reproducen ahora vívidos como niños recién nacidos los sentimientos que tuve en esa cámara del hotel Esfinge. En las manos acariciadoras estaba toda mi alma fisiológica, en mis labios, todo el fuego vital e interiormente luchaba el espíritu... Sentados en la cama, le dije: «Toní, tienes que ser muy buena siempre, evitar estas cosas, estos peligros, y este rosario que te doy te defenderá...».

Fue la eterna lucha que hay en el hombre, animal erecto. Asistí al triunfo del espíritu; cada vez acariciaban menos las manos y nos fuimos a beber café al bar «La Canebiere» y de allí, a decirle adiós al parque Borely.

Pero lo grave está en que ahora, aquí en Envigado, a mil leguas del hotel Esfinge, *he comprendido que Toní sí quería...* Al decirme «NO», quería decir que me atreviera. Indudablemente que en ella también hubo lucha, pero cuando fue al hotel Esfinge, el espíritu había sido derrotado. Mi carne dice ahora: «¡Maldita sea! ¡Toní quedó desilusionada por el triunfo del espíritu en estos jaleos que tuvieron el Ángel y Lucifer en el hotel Esfinge!...».

Si alguna vez el lector viaja por Francia, pasa por Marsella y sube La Canebiere hacia la iglesia de San Vicente de Paúl, no deje de girar a la derecha por la calle Sénac. A pocos pasos, unos quince o veinte, encuentra el hotel Esfinge... Pide a un señor de aspecto discreto la habitación grande del primer piso, la que tiene ventanas al jardín. Le cobrarán treinta francos diarios, todo comprendido... Sube... A poco llegará una italiana bizca y muy amable, para destender la cama. Pregúntele si se acuerda de mí, del *monsieur* que fue cónsul *de la Colombie*, y de su *prima* rubia... Yo creo que la bizca le responderá, poco más o menos: «¡Tan jovencita la prima de *monsieur*! ¡Daba lástima!... ¡Tan jovencita y había venido de tan lejos!...».

Es la única manera de que mis lectores se documenten y puedan revivir estos jaleos.

Si fuere por allá el lector, pregúntele a la italiana bizca si encontró *les culottes de mademoiselle* (los calzones de la señorita) que se nos quedaron olvidados sobre la chimenea el día en que le di el rosario...

Perdonen que los moleste con encargos, pero me hago viejo y necesito los jalones que me recuerden todo lo que he luchado para llegar a la perfección.

El fin de la vida es adquirir capacidad de morir alegremente. Casi todos mueren admirados, como si la muerte fuera el premio gordo de la lotería. Yo quiero reunir mis cosas debajo de la almohada, para sacarlas cuando esté muriendo y decirle a quien venga a liquidarme: «Todos estos calzoncitos son sacrificios que hice al espíritu».

Y los de Toní son los que más me duelen. Olían a cómoda de madera fina, y fue por atormentarme, para que me remordieran toda la vida, que los dejó sobre la chimenea, pues siempre tenía costumbre de preguntar así: «*Où sont mes petites culottes?*».

* * *

Seré muy honrado. Hasta hoy he embellecido. He callado y he aumentado. Pero las cosas de Toní eran mejores que la literatura.

Mademoiselle Toní quedará sin artificios, tal como era, con su cuerpo lleno de duros secretos y con sus grandes ardores juveniles. Si fuera a definirla, diría: era dura de cuerpo y ansiosa de conocer las satisfacciones de la carne; virgen ardiente. La finalidad de este libro es dársela a los lectores, para que no siga *remordiéndome*.

Ayer salí a buscarla en Medellín. Don Benjamín me dijo: «Pero, ¿cómo era la Toní?».

—¡Mire! Era como aquella rubia. La estatura, la forma, el color del cabello... Pero más dura, más atrevida, más elástica, más tónicos los músculos... ¡No! Ésta no puede ilustrarlo acerca de Toní; apenas en cuanto a la idea general de la especie de mujeres a que pertenecía. Si hubiera sido como ésta, mi sacrificio no habría tenido gracia. Los ojos eran verdeazules, con capa de espiritualidad fisiológica que les daba cierta languidez de entrega y de atrevimiento. Mezcle usted, don Benjamín, el *sí* y el *no* y tendrá el resultado de que estaba compuesto el NO pronunciado siete veces por Toní, dos en el hotel Esfinge y cinco en *La Caja del Amor*. También caminaba de un modo perverso, consonante con sus negativas y súplicas. Yo iba a esperarla en la esquina del café, en la calle Sénac, y la veía llegar a pasos largos, algo echada de para adelante, pues el sobretodo caía en los ángulos, así como caminan los guerreros alemanes, los cuales son tímidos y atrevidos. En la mano un paraguítas, parecido a un gran cigarro. Me decía *que no y que mil veces no entraría en el hotel*, y entraba como los alemanes a Bélgica. Era, en resumen, una virgen perfecta, perfecto animal deleitador.

¡Si el lector la hubiera conocido! ¡Si la pudiera tocar y oírle aquello de *¿dónde están mis calzoncitos?* («*où sont mes petites culottes?*»), para que pudiera darse cuenta de mis sacrificios! Claro está que esta muchacha era lo mejor para perfeccionar mis ideas de teología moral, pues mi espíritu es rábula, pervertido en el juego con el pecado. Teanós, no. Teanós era muy afirmativa y por la menor cosa decía que ya lo había dado todo. Toní lo daba todo... y negaba. Era más rábula Toní. Era como yo, que atizo para que me quieran, y cuando me dicen que sí, me deleita la virtud, paladeo, repito que tengo grandes tentaciones... De ahí que mi vida espiritual hubiera florecido tan bellamente. Cuando me quitaron el consulado, yo era casi

un dios. Sólo estoy sano cuando me parece que las muchachas me quieren y yo resisto. Eso sucedió en Marsella...

El estudio que estoy haciendo es muy serio y poca gente entenderá lo que hay de bueno aquí. Casi todos asistirán al ajeteo de que resultaron mis conclusiones teológicas. En este libro está la explicación del hombre moral. Es completo acerca de *tentación, remordimiento, arrepentimiento y confesión*. Soy un moralista en Colombia.

* * *

Esto que ayer decía a don Benjamín, es verdadero: la virtud, la esencia de la virtud, reside en la lucha. Virtud habituada es vicio, es manera de ser, forma normal y fácil de manifestar la personalidad. Es la línea de menor resistencia.

Cuando dejo de fumar y de beber café durante cinco meses, ya la dificultad, y, por consiguiente, la virtud, están en fumar y en beber café. La virtud, la santidad, el heroísmo no pueden estar en el acto mismo, en el vestido, en las formas.

Hay que convencerse de que los actos son vasijas en que están contenidas las intenciones. Son instrumentos, indiferentes, ajenos a la moral. Sólo el hombre es moral, sujeto de moral.

Heroísmo y virtud consisten en atacar la dificultad, y, vencida, atacar otra y que durante la muerte se esté aún atacando. LA VIDA DEL HOMBRE ES DISCIPLINA. Hay que manifestar la energía por donde no es su cauce, so pena de descender hasta el infierno. El que sigue sus hábitos de beber, y comer y pensar, termina bebiendo suciedades, comiendo inmundicias y pensando en tinieblas.

Pelear, el que teme; abstenerse, el que necesita. No tiene dificultad sino el que se contradice.

El amor por la guerra es propio de las naturalezas nobles que pronto llegarán a ver a Dios. De ahí que sea tan inmundicia esa tabla de mármol que pusieron en la Universidad de Antioquia: «EL DIVINO PRESENTE DE LA PAZ».

Siempre he sido guerrero. Mis libros son guerra. Universidad es campo de batalla, o nada. Lo que tienen en Colombia son cementerios. Universidades no hay. Hay paz. Gente habituada a la inmundicia de su condición actual.

Este libro acerca de Toní y de fenómenos morales, lo escribo para la juventud de mi patria. El que sepa desnudar a la muchacha alsaciana, entenderá la lección. Los demás, casi todos, creerán que se trata de pornografías.

* * *

Es para la juventud, porque ésta es bien incomparable. En este instante preciso me acuerdo de Coriolano Amador: había traído el primer automóvil, uno de los primeros que se fabricaron en París; fue dueño de «Miraflores», la mejor casa de campo de todo el Aburrá; montaba en

caballo negro, mosqueado, animal único, y llevaba un puñal de mango de oro entre la polaina. Amaba mucho a la juventud. Yo trabajaba en la parte baja de su palacio, y allí iba a decirme, anciano ya: «¡Mire cómo estoy de juvenil!», y se agachaba rápidamente para tocarse los pies. Me infunde mucho respeto su recuerdo, pues ése tenía nociones claras de lo que es juventud. Y aquí casi nunca la sentimos. En la Tierra somos unos prisioneros. ¡Claro! ¡Prisioneros! Un crimen cometimos quién sabe dónde y aquí estamos redimiéndonos. Por lo menos, las cosas suceden como si así fuera.

¡Cómo no!: hay que combatir para llegar a la juventud, hay que luchar para sentir indicios de ella. En las mañanas secas, baja presión, secas y tibias, el alma siente que es muy bella, y el orgullo de su hermosura la eleva a las troneras del Cielo, como prisionera que se asoma para atisbar la juventud perfecta... Pero luego cae en las habituaciones, como el agua en los cauces.

Las ciencias nos excitan, nos impulsan; también las formas bellas. Todo lo bueno nos impulsa a subir. El alcohol lo inventamos para simular la euforia del guerrero. Indudablemente que el hombre es soldado conquistador de la tierra prometida.

Eso fue Toní. Eso significa *mademoiselle Toní*. Por eso no quise sus besos, su dureza, sobre todo la insuperable dureza de la pared abdominal. ¡Eso sí era juventud! ¡Eso sí fue combate! Y en ella, en todos los seres, he amado a la juventud perfecta, y si muchas veces he obrado feamente, ha sido por estar prisionero. AMAR LAS COSAS A CAUSA DE LA DIVINIDAD.

Y como en la guerra todo lo que vencemos se lamenta amargamente, por eso digo ahora: *tengo un remordimiento de no haberme acostado con Toní, que me está matando, aquí, en Envigado, en donde mi carne cuarentona resurge.*

* * *

Este libro es para la juventud colombiana. Me incita a escribirlo el deseo de enseñar a mis conciudadanos el secreto de la grandeza. Mis enseñanzas irán cubiertas de la dura y amable carne de Toní... Cuando hice el sacrificio de que hablaré después, en la basílica de Nuestra Señora de la Guarda, fue para Colombia toda que dije: «*En cambio de esto, danos belleza interior*».

Muy pocos aprovecharán mis enseñanzas; casi todos sólo verán en este libro los calzoncitos y la carne de Toní. Pero aquéllos para quienes la alsaciana sea un estímulo guerrero, sufrirán y luego tendrán su premio. Sufrirán, en cuanto *mademoiselle Toní*, es decir, todo lo que se va dejando atrás, vencido en el campo de batalla, los llamará desde la avenida *Bonneveine*, o desde el hotel *Esfinge*, o desde *La Caja del Amor*...

Pero al mismo tiempo experimentarán orgullo muy grande los jóvenes de mi patria, cuando comiencen a ascender, a dominarse a sí mismos. Sentiránse dueños; se apoyarán en la Tierra con despego e impertinencia. A los treinta años llegarán a tener gran capacidad. ¡Cuán libertados! ¿Quién puede honrar, ofrecer algo a un guerrero de treinta años que haya renunciado a muchas cosas? Ya nadie podrá *nombrarlo*, y hoy, en Colombia, todos esperan que los *nombren*.

Mis discípulos son los que renuncian cada día a lo que más les gusta, porque no les satisface. Quieren poseer a Dios.

Mis discípulos contemplarán sus almas, anchas como camas de dos puestos, y comprenderán que nacieron para guerrear y que de nada necesitan. Solos en el Universo, también gozarían. Solos, estarían alegres como niños sanos, lanzando al cielo la ropa de que van despojándose (los calzones de la señorita), o sea, los prejuicios y los amos.

Ofrezco a mis jóvenes la suprema libertad. Les ofrezco el sentimiento íntimo de ser hijos de Dios.

Morirán perfectamente desnudos, triunfantes de las inhibiciones, en pobreza de cosas y dueños de sí mismos. No volverán a la Tierra sino para sonreír.

Venga a mí la juventud de guerreros, la capacidad de sacrificio. Vengan los que deseen renunciar para tener, morir para vivir. Yo conozco el método... Parece una paradoja, pero muy seriamente les digo: traje el olor de los calzones de Toní, a cómoda de madera fina, para incitar a la juventud colombiana al sacrificio.

* * *

Llamo a la juventud para la guerra. Por consiguiente, para sufrir y para estar alegres. En esa marcha dolorosa de la conquista del Cielo, de vez en cuando nos detendremos para contemplar el camino recorrido. Eso nos dará impulso y nos fortalecerá. El método para esos instantes de goce es:

Salimos, vamos saliendo del mundo pasional, del campo de batalla semejante a cama de dos puestos. Nos contemplamos como águilas que suben; hasta vemos el esfuerzo de las articulaciones de las alas; nos trepamos sobre la Tierra; pasamos del espacio; salimos del tiempo y *recibimos* de aquel alimento con que Jehová sostuvo en el desierto al cansado Elías. *Un cuervo le llevaba el alimento*. También oyó Elías un huracán y luego un viento fuerte, y luego un vientecillo musical: allí iba el Espíritu... Los guerreros se alimentan de *beatitud*, como Elías.

Prometo a los jóvenes muchos secretos de felicidad. Ya no podrán honrarlos, eligiéndolos magistrados, dictadores o presidentes. Y una noche tendrán una visión: un camino interminable y entre tinieblas; verán que por él avanza uno que lleva una carga cada vez más pequeña, pues es giba de que se nutre, como el dromedario. Dirá cada uno: «Ése es mi espíritu que va solo con su carga, nutriéndose de ella».

La giba es el cuerpo y las pasiones, instintos, deseos, hábitos, toda la materia de la vida terrestre. El disminuir consiste en que a medida que se vive, se cumplen los instintos, etc. Y el nutrirse consiste en que el espíritu adquiere sabiduría a medida que experimenta.

Para los jóvenes tengo un mundo de fantasmas que me obedecen y que me alegran. Son las cosas de que he triunfado. Mis experiencias. Ellas surgen a mi llamada. Soy un mago, dueño

de mi interior. ¡Toní!, y sale y escribe en un papelito de mi mesa, en el consulado de Colombia en Marsella: «*Yo te amo...*». Luego ocupa el campo mental Augusto Bréal, o sea, la amistad; María Olózaga, o sea, el alma viajera y solitaria, radiante de soledad; las estatuas griegas, es decir, la belleza formal; la música, o el canto de un ave, oído en un amanecer...

A mis jóvenes les ofrezco la cultura. Los haré dueños de los métodos, de sí mismos. Sus personalidades serán sus instrumentos. Los honores les vendrán de dentro para afuera. En una palabra, serán cultos, dueños de todo, porque poseerán el método. Sus cuerpos y sentimientos les obedecerán como autómatas.

Unos serán místicos, solitarios; otros serán conductores y podrán alegrarse y alegrar, entusiasmar y entristecer a los demás.

Porque el joven capaz de sacrificar las cosas buenas, será dueño de todo, de los débiles, del pueblo. El pueblo es casi todo carne, una giba tan desmesurada, que no se ve el espíritu, tan pequeño como un bacilo. El pueblo es bueno porque de él vienen los guerreros. Nada más.

El que no sacrifica a la superación, no entre a esta casa, no lea mis libros, no profane a Toní. Ése no se ponga a escribir, a enseñar, a predicar. Las cosas son sus amos. ¿Qué, sino viento, puede salir de una matriz que no está preñada? Eso les digo a quienes pretenden imitarme en Suramérica.

Para mis jóvenes, el método será el altar de los sacrificios.

Como el método es limitación, camino, mis jóvenes serán sacrificios encarnados.

¿Los tímidos? Serán los más descarados, pues estarán experimentando con su timidez.

¡Qué triste ha sido Suramérica hasta hoy! ¡Qué tristeza, cuando el alma no se atreve con todo! Está sometida entonces a las formas corporales: los sombreros se tuercen del mismo modo siempre; los calzones se arrugan siempre de igual manera; si la insultan, repite el mismo gesto; iguales actos ejecuta ante la mujer y las mismas reacciones mecánicas tiene ante la vida. Eso no es pensamiento, memoria ni imaginación. Eso es reacción determinada. Eso es el pueblo...

Mis jóvenes irán en busca de libertad, atreviéndose, experimentando. La libertad será siempre un ideal y por eso siempre serán guerreros.

Abandone usted su alma y verá que se reduce a un vil esclavo: caminar, como se lo impone la determinación de huesos, músculos e inervación; beber, según la determinación de la herencia y de las necesidades creadas; comer, del mismo modo. Y emocionarse, desear, pensar y decidirse igual a como lo hacen todos, hasta el punto de que siempre queda la firma en los actos, de que se pueden prever, de que pueden manejarlo como a un muñeco.

Si uno no está alerta, siempre en guardia, se repite y es un amasijo de automatismos.

En mis jóvenes entrará una motivación nueva: el deseo soberano de librarse, de señorear sobre todas las cosas, como hijos de Dios.

No conseguirán la libertad, pero, buscándola, encontrarán una motivación cada vez más espiritual.

EL HOMBRE NO PUEDE SER LIBRE, PERO LA GUERRA LO VA LIBERTANDO DE LOS SUCESIVOS TIRANOS. El hombre no puede ascender sino en la guerra de independencia.

¿Qué es juventud? Capacidad guerrera. Mis jóvenes buscarán pelea a todo; hasta pelearán con el ansia de ser libres. La juventud es aspiración. Tiene capacidad de estar creando el mundo.

* * *

En Marsella fui guerrero. Vivía en bata de baño, vestido de los que guerrean consigo mismos, listos para herirse. Cuando Toní me confesó su pasión, me dijo que amaba la lentitud con que yo caminaba entre la bata color rojo de sangre coagulada. «Ibas como buscando algo escondido en los rincones...».

La lentitud consistía en que afirmaba siempre, condescendía, porque estaba ocupado esperándome a mí mismo. Tenía la sensación nítida de que iba a nacer, que me iba a nacer una cosa muy buena. Yo creo que esa cosa es la libertad, o la belleza, o la bondad, o denle el nombre que deseen.

A los guerreros no les gusta el lugar en donde viven, el pensamiento que tienen, los hábitos actuales, la muchacha que se acuesta. Como están esperando una cosa que les va a nacer, aman el país en donde no viven, la ciencia que ignoran y la mujer desconocida. Creen, a causa del mecanismo engañoso de la vida encarnada, que la libertad, la bondad o la belleza están más allá, siempre más allá.

De ahí que el hombre es el que progresa: PRO-GRE-DE-RE. Yo condescendía en Marsella, porque buscaba y esperaba. Era un guerrero trágico.

—¿Quiere confesarse antes de la operación?

—Bueno...

—La gatica se orina debajo de las camas. Es malo tener gatos...

—Bueno...

—Víseme este pasaporte...

—Bueno...

Condescendía. Pero sólo me gustaba lo que estaba escondido, y como yo creía que Toní tenía la libertad, la belleza o la bondad escondida en su alma, bajo sus ropas o entre sus ojos, me di a la tarea de atizarla mentalmente para que me abriera.

Eso es Toní. Y es para mis jóvenes guerreros. Ella se desnudará para mis jóvenes desdeñosos. Porque lo mejor de los heroísmos es el premio que se recibe en cada jornada, una muchacha que escribe papelitos a los héroes. Algunos afirman que las mujeres aman a los héroes para poderse jactar; otros dicen que es el genio de la especie (?) que desea (?) la perpetuación de la raza heroica. Y yo creo que es para que se ofrezcan sacrificios, porque la libertad se consigue únicamente cuando se han ofrecido al espíritu todas, todas las cosas buenas.

* * *

Preparen las músicas; compongan los himnos, para que celebremos el gran sacrificio: el de los calzoncitos de Toní...

SEGUNDA PARTE

Situación y personajes

La casa está separada del parque Borely por la avenida *Bonneveine*. Al frente de mi habitación, el parque dicho, con hipódromo, en donde la joven Taylor domaba sus caballos. Joven bella como el *Hermafrodita dormido* e hija de *madame* Taylor, la que me regaló a *Salomé*, la gata blanca.

Al sur, el cerro del castillo y los barrios de *La Punta Roja* y *La Madraga*, en donde viven quince mil carpinteros, peluqueros y albañiles españoles.

Todo esto queda a orillas del mar. La casa está marcada con el número 63 bis y dista unos treinta pasos de la playa.

Hay allí tres casas iguales y un *cottage*; un solar común. Cada una tiene su jardín, con puerta hacia el corral de la comunidad. En la más oriental fue en donde pasaron estas cosas.

En el *cottage*, situado en el terreno común, dominándonos, habitaba la propietaria, *madame* Babí, mujer de *monsieur* Babí y mamá de *mademoiselle* Babí. Ninguno dice: «Allí habita *monsieur* Babí», sino, «allí habita *madame* Babí». Porque hay mucha diferencia. Cada manera corresponde a una situación psicológica. Ese pobre rentista, ingeniero de electricidad, que ya no trabaja sino que se pasea y escucha la radio por las noches, es el marido de esa fiera. Viven con *Pató*, el perro rojizo y rechoncho. Mejor dicho, allí duerme *monsieur* Babí, pues vive ambulante por Marsella, huyendo de mujer e hija, y allí habitan las dos mujeres con el perro.

En las casas habitábamos *madame* Rousseau y su marido; los Leonel con su hijito, y, al oriente, nosotros, o sea: un filósofo anhelante; su mujer, que le ayuda a buscar a Dios; cinco hijos; la cocinera Gina y una muchacha que va a llegar, llamada por un aviso en «*El pequeño Marsellés*»: ON CHERCHE BONNE D'ENFANTS...

Gina Cualco, veinte años, italiana de los Alpes, era carne organizada nada más. Resistía a la primavera con heroísmo. Exclamaba, al ver las parejas que se manoseaban en el pretil del arroyo de *Bonneveine*: «*Yo siento lo mismo, pero no se puede hacer así, como los animales. ¡Estos franceses son unos perdidos!*».

Así resistía Gina. Castidad legal. Esperaba un macho potente que se dejara bendecir, para acabar con él. Mientras tanto, llegado el verano, se entregaba al mar, perseguida durante tres meses por la juventud de Marsella, entre el agua salada.

Era Gina de animalidad tan natural, que daba gusto. Sus nalgas eran gritos de la carne.

Se me olvidaba *Salomé*, la gatica blanca de Angora, que me regaló la señora Taylor, mujer flaquísima de un coronel inglés en la India, que habitaba en Marsella con dos hijos, cinco caballos y cuatro perros.

La señorita Babí, su novio Robert, el cónsul del Ecuador, el automóvil de Robert, la señorita Taylor y *Pató*..., ¡variados personajes de esa complicada historia de teología moral, donde ninguno se casa, ni sucede nada, ni se muere nadie!...

* * *

Escenario

La casa tiene dos pisos. El jardín, atrás, diez por siete metros, limitado con paredes altas y por un seto de madera a la derecha. Este seto, sobre muro de calicanto, es tan importante como las eras de hojas perennes que hay contra los muros de derecha y de izquierda, pues por allí fueron los amores de *Salomé*, la gata blanca.

Este jardín está cubierto de cascajo blanco amarillento. Un plátano le da sombra en verano. Todas las casas de *madame* Babí tienen un árbol, importantísimos, porque en ellos se trepaba la virgen *Salomé*, huyendo e implorando al mismo tiempo al gato negro de *madame* Rousseau.

No olviden los tres plátanos, y recuerden bien tanto el zócalo del seto como el otro seto de plantas que limita el jardín a derecha e izquierda.

En el fondo, una portezuela que da acceso al predio común, garajes, morada de la propietaria. La entrada a este predio es la puerta grande para automóviles, situada entre las casas de los Leonel y mía y que sirve de salida a los Babí.

Como las tres casas son de dos pisos, con balcones hacia atrás, pude anotar, instante por instante, los amores de *Salomé* y los de *madame* Rousseau.

Casas propias para observadores. Desde ellas puede cogerse todo lo que constituye el mundo indicial de la vida pasional. Seguí los amores de los gatos y muchos actos que me permitieron reconstruir los de *madame* Rousseau. En mí, desde que viví dos primaveras en tal casa, el amor está indisolublemente unido a las imágenes de la gatica y de *madame* Rousseau. En cuanto al marido de ésta..., pues estoy convencido de que marido es sinónimo de melancolía. Desde esos balcones, detrás de esos setos, me fue naciendo el convencimiento de que el amor es fatalidad dolorosa, inmisericorde. A mis observaciones por allí les debo el no haber caído en la cama de *La Caja del Amor* con la impetuosa institutriz.

Ya vamos teniendo noción del escenario en donde nació *el remordimiento*. Para mí estos sitios son sagrados y quiero compartir con mis lectores la nostalgia que me causan las tres casas y el *cottage* de *madame* Babí. ¿Cómo no describir minuciosamente, si en los setos, formados de plantas que no botan las hojas en invierno, seguí, paso a paso, los amores de todos los seres, desde la hormiga laboriosa, hasta *madame* Rousseau; desde *Salomé*, la gata virgen, hasta las

babosas, cuyo ajuntamiento se efectúa por cerca a las cabezas, la una al lado de la otra, como yunta de bueyes?: así permanecen unidas largo tiempo, como gente amiga de la tranquilidad.

Los tres jardines son iguales, separados, repito, por cercados de tablitas, que permiten observar.

¿Cómo olvidar que la casa tiene dos pisos, si Toní bajaba las escaleras apresuradamente, encendido el rostro, después de haber dicho: «Señor, lo llaman al teléfono»...?

¿Por qué ese placer indefinido, sentimiento de satisfacción que nos embriaga cuando una mujer bonita baja delante de nosotros las escaleras, de tres en tres peldaños? Quizás a causa de que reacciona, y, por ende, teme, tiene miedo a sus sentimientos. Tal vez no sea exacto, pero lo cierto es que *Mlle. Babí* me preguntaba: «¿Por qué Toní baja así las escaleras?». Yo nada le había dicho, nada le había sugerido, pero sentía cierta extraña comunicación entre los dos, entre Toní y yo. ¡Qué complicado es todo esto!

En el primer piso estaban el consulado, el comedor y la cocina. La caldera de calefacción central y, bajo las escaleras, el cuartico para los baldes con carbón, atizadores, periódicos viejos, leña, bicicletas y cajones. ¡Cuántas cosas pequeñas sucedieron al pie de la caldera, atizando el fuego, en los anocheceres invernales! Hechos diminutos, visiones iniciales de los pechos de Toní, al agacharse para arrojar la leña. Incidentes nimios que forman el encanto de la vida; pequeños e inolvidables estímulos que nos hacen perdonar el sufrimiento. La nieve cae y cubre el jardín y el parque Borely. Toní se quema un dedo; cogemos su mano y nos encontramos con sus ojos que reflejan las brasas del hogar, iluminados por una promesa abrialeña. ¡Si parece que la nieve cayera para hacernos comprender estas tibiezas de la carne organizada!

El salón del consulado tenía ventana al parque; la cocina y comedor, puertas al jardín. A través de aquélla, mientras bregaba por comprender a Dios, anotando en mis libretas, veía ejercitar los caballos en el hipódromo y contemplaba a la joven Taylor, dieciséis años, hermafrodita perfecto sobre la potranca salvaje. Por los vidrios de las puertas cerradas, durante el invierno, miraba caer la nieve en el jardín.

Como esta casa fue campo de batalla, tengo que describirla minuciosamente. Allá hay muchos pensamientos míos, mucha de mi sustancia mental y emocional. Veinte veces me pareció ver allá a la Divinidad; y unas ciento percibí que Dios se acercaba a mi ser cada vez más, como llega la aurora.

En el jardín había banca rústica y mesita para el café, trípode, patacruzada, ante la cual, durante el invierno, cuando el Sol forma una curva al sur, sobre el castillo de *Bonneveine*, me sentaba a recibir el calor mañanero, y cuando pasaba Toní, me parecía que me calentaba el espíritu. Nada tan supremo como las mujeres, en sus gestos, su caminar, sus ademanes; nada como las manifestaciones de su amor. La mujer es bella, perfecta, pero en cuanto mímica, plástica y muda. Cuando habla, es insoportable.

En el vestíbulo es donde debe haber más formaciones mentales y emotivas de mi juventud guerrera. Paseando por allí, en largas veladas invernales, rezábamos el rosario. Toní no era religiosa. Era apenas un animal poderoso, enemigo temible para el espíritu. Durante el rezo estaba encerrada, metida en su pijama rojo y bajo las tibias mantas, leyendo novelas de amor. La luz salía por las rendijas de su puerta, y cuando yo pasaba por allí, sentía que mi alma aumentaba su potencial y que entre Toní y yo había comunicación, una lucha y una fecundación. Sentía que allí, en pijama rojo, con pechos iniciales, tibia, yacía la imagen de la juventud; que mañana caerían mis dientes, cesaría el brillo de mi piel y que vendrían otras imágenes, muchas formas de juventud en diferentes maneras de pijama, y entonces elevaba la voz, sacaba el pecho, miraba hacia arriba y: PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS... DANOS TU REINO...

Durante esos rezos me convencí de que la vida santa está condicionada por el estímulo sensual. Toní me fecundó, me enseñó muchas cosas. Si es verdad que ella se quedó a orillas del Huveaune, virgen, también lo es que yo quedé grávido. Mientras la alsaciana, metida en su pijama rojo, se deleitaba con las peripecias de un amor en París, yo elevaba la mente a Dios, para pedirle conocimiento y belleza. Indudablemente que no podemos vivir en lo abstracto. Por eso vino Jesucristo, en formas tan bellas, para que pudiéramos adorar a Dios. Vino para hacerse ejemplar, camino, para que viéramos, para que oyéramos y tocáramos la verdad. Recuerdo que todos los días iba a pedir belleza a la iglesia de la calle Paraíso y que al encontrar en mi camino una mujer poderosa, de esas que hay en Francia y que nos tumban, apresuraba el paso y oraba con fervor intenso. La mujer bella, al lograr objetivarla, me había mostrado el significado de la oración: «... estás en los cielos... dame belleza interior...».

No hay sensualidad vil en esto. Afirmo una noble verdad: que el hombre, sujeto a los sentidos, entiende mejor las cosas del espíritu, en forma materializada. De ahí que las imágenes, en el culto, sean necesarias. Los iconoclastas se equivocan gravemente; ignoran la naturaleza humana. Por ejemplo: ¿tuve deseos viles con Toní? Ningún deseo natural es vil; pero lo que más tuve fue incitaciones al perfeccionamiento. ¡Es curioso! Tan enamorado, y jamás he causado mal a las mujeres y son ellas las que me han dejado grávido de ideas y de amor a Dios. En la vida espiritual hay almas-madres. Todo, árboles, paisajes, animales, sucesos, las fecunda.

¿Qué se veía desde el balcón de *mademoiselle Toni*?

* * *

El Parque Borely

Sesenta hectáreas, aproximadamente. Limitado al norte por la *Avenida del Prado*, al occidente, por el *Paseo de la Playa*, al sur, por la *avenida Bonneveine*, y al oriente, por callejuelas torcidas. Pero es terreno irregular; son linderos aproximados. En realidad, al norte, lo bordea el Huveaune, riachuelo sucio, pero de orillas sombreadas de plátanos, con rincones donde se efectúan muchos amores ilegales en las tardes veraniegas. En la desembocadura, sobre el pretil que domina al mar, es delicioso sentarse a ver poner el Sol, revolotear las gaviotas agilísimas,

y esperar que sucedan acontecimientos excitadores. A orillas del Huveaune hay dos cafecitos, en donde, al paladear el hecho de haber renunciado, me parecía que me acercaba a Dios.

Al sur limita propiamente con el arroyo de *Bonneveine*, tan sucio como el riachuelo, pero sin poesía. Ambos arrojan al mar todas las piltrafas de Marsella y los suburbios: cadáveres de gatos, peines, zapatos viejos.

La mitad del parque es hipódromo y también camino circular para bicicletas y automóviles. Tiene prados y bosquecillos, en donde juegan los niños y se besan los enamorados. Hay unos pinos centenarios, de figuras místicas, inclinados para el oriente, porque han recibido todos los mistrales. En uno de esos prados, cerca del arroyo, gozábamos de los atardeceres, acostados sobre las amapolas. Yo, bocarriba, entre *Mlle. Babí* y *Teanós*, mientras tejían. Los niños montaban en bicicletas y a veces cabalgaban sobre mi vientre; cosas relativas a la felicidad. Allí, solo, sin otros seres que aquellos que me querían, fui casi completamente feliz. Porque *Teanós* me amaba y *Mlle. Babí* lo adivinaba o lo sabía. Así, el sentimiento de ambas aumentaba: en ésta, porque me defendía, y en aquélla, porque me sabía defendido. ¡Deliciosas estas disputas del amor, cuando no se agrían, cuando se examinan con racionalidad! ¡Nada como el amor atizado un poco por los celos!

La otra mitad del parque, «La Buvette», son jardines, paseos, lugares de paz y de amor, laguna para cisnes. Y ¡qué juegos hacen con las flores, al comenzar la primavera! Dibujaban todos los años, con florecillas y yerba, la figura de una gran hoja y el letrero: *Parque Borely, 193...* La tarde en que vi 1934 y luego pasó un viejo, solo dentro de un coche, tuve la seguridad de que yo volvería así, solitario como el viejo, y que leería: 195... Tuve la sensación del tiempo, de la vejez, de la terrible sucesión. ¡Qué asco la vejez! Volveré y ya *Toní* irá sola, fea entre un coche, insensible y vieja, y yo iré solo, viejo también y solitario entre otro coche. En la primavera, cuando todo se junta según sus especies..., los viejos están solos entre los automóviles...

* * *

Marsella

Desde el balcón de *Toní* se contemplaba también, al norte, después del parque, la verdeoscura montañita de *Rucas Blanc*, la cual no deja ver nada del Marsella propiamente dicho, ni del cerro donde está *Nuestra Señora de la Guarda*. Apenas se percibe la cabeza dorada de la Virgen. Al occidente, a quince pasos, está el mar y se divisan los islotes secos, en uno de los cuales está el *Castillo de If*. Bordeando el mar, va el *Paseo de la Playa*, que se continúa, al norte, en *La Corniche*.

Para llegar al centro urbano, se camina una hora. Sale uno de la casa, tuerce para la izquierda y sigue quinientos metros el *Paseo de la Playa*, separado de la arena marina y de las olas por un pretil en donde se puede soñar, desde donde la patria lejana parece tan amable, tan diferente a la realidad. En este paseo hay cafés y balnearios, que pintan y retocan en verano, al mismo tiempo que los árboles se van engalanado con follaje nuevo.

Se gira a la derecha, para oriente, por la *avenida del Prado*, señorial, sombreada de plátanos, con escaños en los andenes laterales, habitación de mis sueños, reposo de niñeras. Allí, los plátanos forman túneles verdes al juntar sus ramas hojosas, y le parece a uno ver a Dios en las manchas de Sol, allá en la lejanísima luz del final del túnel sombreado.

Se llega al *Punto Redondo*, plaza circular, y se gira para el norte, por avenida semejante a la anterior, hasta la *plaza Castellana*, lugar de cafés deleitosos, en donde principia la verdadera Marsella. De allí parten las calles de Roma, Paraíso y San Fereol, por donde se pasean las *mujeres únicas*.

La Canebiere es la arteria principal, el corazón de Marsella, y se extiende desde la iglesia de San Vicente de Paúl, al oriente, hasta el *Puerto Viejo*. A éste lo forma una entrada del mar, rectangular, de doscientos cincuenta por cuatrocientos metros, bordeada de andenes anchos. Está lleno de lanchas de gasolina, veleros pescadores. ¡Qué algarabía! «¡Vamos, señores, dos francos, ida y vuelta al *Castillo de If*!». Estas lanchas se llaman, «Marius», «La France», «L'Amour». Llevan gramófonos y compiten en adornos.

Los andenes son anchos, el oriental de unos cien metros y los otros de cincuenta. En el primero hay restaurantes afamados por *La boullabaise*, cafés y comercios populosos. Al sur, se comen todos los mariscos, desde pulpos hasta caracoles. Exhibidos sobre tendidos de verdes algas, las ilustres ostras portuguesas, *osos*, *violetas*, *almejas*, *babosas*... Viejas gordas y habladoras abren las conchas con pedazos de cuchillos; mozas de carnes abundantes sirven los platos con olor a esencia marina. Gentes de todas clases y países están al frente de una, dos y tres docenas de negras almejas con vinagre. Al final de este lado está uno de los estribos del gran *Puente Trasbordador*; más allá, la Escuela de Medicina, con su monumento a los marinos, y por allí cerca, la iglesia de San Víctor, que aún huele a Lázaro y a la Magdalena. Encima, cercana y alta, *Nuestra Señora de la Guarda* domina todo desde el cerro pelado, domina al mar, domina la ciudad, domina a las *señoras* que habitan en la callejuela de enfrente, en la *rue de la Pouterie*. Esta calle de las señoras desemboca al Viejo Puerto, cerca a la Alcaldía. Al norte, la Marsella antigua, la de callejas angostas y sucias, mercados ambulantes. Es la Marsella-universidad de olores, vicios y tristezas. Por allí está la Escuela Dental, en callejón empinado y difícil, como un calvario, jalonado de escupas sanguinolentas, dentistería gratuita de aprendices.

Por allí se encuentra lo que usted busque, la cara más pecaminosa y el judío errante; los dialectos incomprensibles y los idiomas desaparecidos; ojos de ángel en cuerpos de demonios; por allí anda Caín. Allá, en la *rue de la Pouterie*, en la calle de las *señoras*, está la muchacha que se robaron los gitanos en Itagüí...

¡Métase por la callejuela de las *señoras*! Pero ¡cuidado que le arrebatan el sombrero!; oye risas y no lo recupera hasta que haya entrado por la sospechosa y angosta escalera *a faire l'amour á la manière la plus épatante*, o hasta que haya regalado los cigarrillos.

Las *señoras* están exhibidas, como los *pulpos* en el vecino puerto; vestidas con túnicas que les llegan hasta las barrigas, o sea, más desnudas que los *pulpos*.

Hay días, llegada de barcos, en que los parroquianos hacen cola, en espera del turno ansiado para *faire l'amour*, desde dos francos hasta ciento. Allí perfeccionaron todas las maneras de Grecia, Egipto, Persia y Roma. Esa calle es la heredera del *gran lupanar* de Pompeya.

En esta parte noroeste de la ciudad, habitan los que van a dar los *golpes* en los grandes negocios, *affaire Prince*, *affaire Stavisky*. Por allí deambulan y aguantan hambre Rimbaud y Verlaine; por allí se refugian los que pasaron a pie y de noche las fronteras, huyendo de la horca o del presidio... Es el escondrijo de la humanidad enferma.

También es donde hay más niños feos. Población italo-franco-española, abundante en sietemesinos, pródiga en productos del mal napolitano. ¡Cómo se empuñan y malparen las gentes míseras!

En la *calle de la República*, que va desde el Puerto Viejo para el norte, continuación, por decirlo así, de la calle de Roma, están los agentes marítimos, el comercio de ultramar, los libros para leer sobre cubierta, libros incitadores a la fornicación de camarote. Tal calle huele a todos los viajes, a todas las posibilidades; allí pierde uno el sentimiento de patria. Somos allí universales.

Paralela a *La Canebiere*, pero retorcida, va *La Calle Larga*, mercado de todo lo que se come. Allí están expuestos todos los animales marinos y terrestres; es la escuela del gusto, la universidad del paladar.

Desde el templo de San Vicente de Paúl, para oriente, hay barrios para habitar, honrados y apacibles. Bulevares de Longchamps, La Magdalena, en donde nada sucede afuera. Todo es legal, dentro de las habitaciones.

¡*La Canebiere!* ¡Por fin! Siempre llena de gente, mucha gente de todas partes, es mejor que los bulevares de París. Viejas alegres y caderonas, muchachas que nos van a robar la continencia. Hay que pasear todos los días por *La Canebiere*; beber allí café y *pernaud*; comprar *favoritos*, punta de corcho, en todas sus tabaquerías. En fin, *La Canebiere* es el lugar de Francia en donde más siente uno que va a encontrar, que le va a llegar algo muy bueno.

* * *

Se busca una muchacha

A fines del verano nos abandonó Teanós y publicamos un anuncio en *El Pequeño Marsellés*, en solicitud de otra institutriz.

Era el año de 1933, y durante los últimos días en que estuvo en mi casa Teanós, yo pasaba los atardeceres estivales sentado en el pretil, mirando al mar. Me parecía que en las embarcaciones que cruzaban del *Castillo de If* hacia el cerro de más allá de la *Punta Roja*, con rumbo a Italia, al África, al Asia, *iba una cosa que me podría nacer a mí, iba para oriente...*

Contra el pretil hay pedruscos, arrojados para evitar la embestida de las olas. Entre ellos murmuraba el agua y me parecía que me estaba contando acerca del hijo mío. Parecíame, entonces, que éste se hallaba en todas partes, sobre todo dentro de mí...

Puesto el Sol y desvanecida la coloración de las nubes, regresaba a mi casa, caminando con gran lentitud entre mi bata de baño, y era porque estaba muy afanado interiormente, buscando una cosa que parece que se me perdió desde que nació y que no sé qué será...

Llegada la mañana luminosa, iba a fumar el cigarrillo a la playa, en vestido de baño. Allí estaba Teanós con los niños, sentada en una piedra plana que emergía de la arena. Al verla, casi sin mirarla, me alegraba. La sentía y fumaba, y me parecía que ya iba a encontrar. Entonces perfeccioné mi definición de alegría: ES EL PRESENTIMIENTO DE QUE YA SE VA A ENCONTRAR UNA COSA QUE NO SABEMOS Y QUE LLAMAMOS DE MUCHOS MODOS.

Era como si Teanós tuviera escondida esa cosa que al atardecer había creído que iba para oriente en los barcos que pasaban.

Indudablemente, el hombre es un ser que está perdido o que busca una cosa que se le perdió: porque en Ostia, en el balneario, vi una mujer y sentí que era ella la que tenía lo que yo buscaba. ¡Mentira! Porque después me pareció que eran las ruinas romanas las que tenían mi secreto, enterrado. ¡Mentira también! Porque luego me dije que eran las esculturas griegas, y lo juré mil veces. ¡Desilusiones! Y porque ayer en París..., Irene se desnudó ante el espejo y vi que no tenía secretos escondidos en ninguna parte.

El recuerdo de Teanós es muy intenso, pues como no pasé de verla en vestido de baño, aún ahora estoy creyendo que se me fue con el secreto.

Así, pues, cuando fui al Viejo Puerto a contratar el anuncio, estaba tan alegre que pasé a visitar a mi compatriota, el gallinazo que tienen triste y solitario en el jardín de *Longchamps*. En Marsella no había más colombianos que el gallinazo y yo. ¿A quién contarle mi esperanza?

Al entrar a la imprenta, era como si desde *El Pequeño Marsellés* fuera a lanzar mi llamada a la felicidad completa.

Esta serie de esperanzas y desilusiones son trascendentales, son el mecanismo de la TEOLOGÍA MORAL. Esa esperanza de encontrar algo que no sabemos qué es ni dónde está, constituye el encanto de salir a pasear por las callejuelas y los bulevares; constituye el encanto de los viajes: «Allí está, en aquel pueblo a donde vamos... Está a la vuelta del camino..., o en el barco a que vamos a subir». Todos los que suben a un buque tienen ojos de esperanzados buscadores. Yo vi, en la Agencia Cook, a un viejo alemán que preguntaba acerca de viajes, se documentaba para Argelia, y tenía ambiente de seguridad de que allá encontraría eso que todos buscamos.

También me ha sucedido que siempre que compro libros, me parece que llevo para mi casa ese secreto que nos hace mover mientras vivimos. Racionalmente estamos convencidos de que *la cosa no existe*, pero vivimos esperanzados. Parece que la sinergia orgánica tuviera por objeto no dejar debilitar la esperanza. Los organismos sanos son los que más buscan, con mayor

ardor y presentimiento. En los neurasténicos predomina el convencimiento de que esa cosa innominada que buscamos, no existe.

De este fenómeno de teología moral han resultado la teoría nietzscheana de que el error es necesario para la vida, las teorías pesimistas y optimistas y la otra de la *mediocridad*, o sea, del término medio. Porque la filosofía no es sino expresión escrita, hablada o vivida de la reactividad. Un organismo bueno, corre detrás de *la cosa escondida*, cantando, lleno de alegría; otro, enfermo, no se mueve, y aquellos que carecen de acometividad, dicen que es en el justo medio donde se encuentra la verdad.

Por mi parte, en Europa, en bata de baño o con la guía bajo la axila, yo creí que la verdad la tenían Teanós, Toní, *madame* Rousseau, Irene de París, las venus griegas, las ruinas romanas, la mujer de Ostia, Anita Tilotta, las pinturas italianas, Miguelángel, Leonardo... Una vez creí que estaba en Pompeya, en la *casa de los Vetti*; a poco, que se escondía en el *gran lupanar*; luego, la busqué en libros y conferencias. Un día, en primavera, parado en la *Plaza de la Concordia*, mirando hacia el *Arco del Triunfo*, creí que en ese atardecer tan luminoso, la verdad, Dios, estaban dispersos en el aire dorado de los Campos Elíseos. Y hoy, en Colombia, entre las cañadas de Envigado, a pesar de que sé que *eso* no se encuentra en la Tierra, subconscientemente vivo creyendo que la *cosa* la tenían Teanós y Toní y que se quedaron con ella a orillas del Huveaune...

Parece que se trata de un mecanismo. Si el hombre no fuera así, no obraría, se acabaría la especie. Si eso que buscamos pudiéramos tenerlo, cesaría nuestra actividad. ¿Con qué fin, por ejemplo, saldría yo al cafetín de orillas del río, si ya estuviera satisfecho?

¡Se me olvidaba! A tal café, durante ese verano, iba todas las tardes, engañado por la creencia de que la hija de la propietaria podría tener lo que hace mover a todos los seres. Y, cosa admirable, fue durante los mismos días en que temblaba al pensar que Teanós estaba llena de secretos. Fue entonces, considerando esto, cuando escribí aquella frase: «*Mi madre me parió cabezón, pero infiel*». ¡Infidelidad connatural! Al mismo tiempo que buscamos en Bergsón, buscamos en las disciplinas hindúes, en los museos y en la práctica de rezar el rosario. Aún más: cuando estaba ocupado con Teanós y con la hija de la propietaria del café «La Cigarra», iba a la iglesia de la calle Paraíso y me paraba contra una columna, buscando. Y más aún: fumaba el cigarrillo acostado en la arena, sintiendo el cuerpo tibio de Teanós a mi lado, y me acuerdo que miraba a todas las bañistas. Infiel, insatisfecho siempre, semejante a un viajero que llega y ya está de viaje, y cabezón, porque siempre, desde niño, estoy buscando la verdad.

Me podría definir con éxito: *el que siempre busca una cosa*. Caín, condenado al movimiento, engañado por mirajes de este desierto que se llama Tierra.

Muy bien la historia del Paraíso. Allá se quedó lo que buscamos, y un ángel, armado con espada flamígera, defiende la entrada. Allá nos condenaron a buscar siempre, a trabajar, a proseguir engañados detrás de espejismos que apenas sí nos suministran la energía precisa para continuar la brega.

Jesucristo vino a mostrarnos *el camino*. No vino a darnos la verdad. Vino a contarnos que ella existe en el cielo y que tengamos esperanza. Jesucristo es *el camino*, porque nadie puede hablar y morir así, como él habló y murió, sino cuando está seguro de que la verdad existe. Indudablemente que Jesucristo es el *único camino*, a saber: una gran dignidad, un amor que nos funda la carne, un renunciamiento que nos convierta en *dueños*. Ninguno ha vivido *tan dueño* como Jesucristo. Hubo uno que se le pareció y fue Sócrates, pero Jesucristo tenía mayor seguridad. En él no hubo la sombra de una duda. Es evidente que él había vivido con eso que buscamos; tan íntimamente había vivido, que lo llamaba SU PADRE.

Jesucristo renunció a todo, para mostrarnos que esa es la manera de resucitar. Renunció a las Marías, para indicarnos que así el amor se volvía infinito. Renunció a su madre, y por eso la convirtió en Diosa, *madre* del universo.

Yo, humilde aficionado al amor, siguiendo al Maestro, he renunciado, pero dudosamente, a Toní y a Teanós. Y la enseñanza de esta introspección que estoy escribiendo, es la misma: que el camino de la VERDAD es la renuncia. Les repito a los jóvenes guerreros, que una renuncia, por pequeña que sea, nos eleva muy alto, a la aurora. El *camino* es el renunciamiento, o sea, la Cruz.

¿Qué diré de la madre de Jesucristo? Ella me ha dado fuerzas para dejar virgen a la vida a orillas del Huveaune. A ella suplico siempre, así: «A cambio de esto, dame belleza interior».

Jesucristo es el buque que va para Oriente. Él tiene la verdad en sus manos clavadas. En la cruz está atado, fijo, todo lo que nos ha hecho equivocar, y la verdad subió a los cielos.

Voy a referirme a la hija de la propietaria del cafecito «La Cigarra», para no suprimir nada de mi confesión, y para que se comprenda que no solamente me movía la sensualidad, sino también el instinto de buscar. He amado a las mujeres lo mismo que a los libros, a los sabios, a las flores, porque me ha parecido que ellas me satisfarán. Me acuerdo que en Roma no estaba contento, y tampoco en Génova. Insultaba, también inconforme, a París y a Madrid. Y hoy en mi patria, escribiendo esto, siento un loco deseo de volverme. ¡Eterno insatisfecho, impaciente buscador!

Dicen mis libretas de la época:

«Octubre de 1933 — Casi todos los que vienen al Consulado con sus pasaportes son menores que yo. ¡Qué asco me da la vejez!

Ahora, en *Marseille-plage*, en el café “La Cigarra”, estaba *Patadepalo*, el mutilado de la *gran guerra*, con su botoncito de la *Legión de Honor* en el ojal, atisbando a la hija de la propietaria... ¡Este sí tiene que ser mayor que yo!

La muchacha me intranquiliza. ¡Es tan juvenil! Los ojos parecen abismos de felicidad, tan inocentes, tan abiertos. Y es delgada y muy dura. ¡Esa sí es virginidad!

Fui con mi hermano Jorge. La tarde bellísima de otoño. La luna en el cielo del poniente aún iluminado. ¡Delicioso el instante fugaz! *Patadepalo* cela a la muchacha, y ha mucho tiempo que le hace el amor discreto, lento, sitio lento de guerrero mutilado...

Dije: ¡Que triste es que yo me acabe al morir!...

Al rato pensé: todos los indicios parecen indicar que nos acabaremos...

Mientras miraba la imagen de la luna en el agua estancada contra la acera: ¡No! No puedo acabarme. Mi alma protesta dentro de mí con energía...

Y seguí pensando: Jorge podría preguntarme que si esto es filosofía: pasar treinta y ocho años meditando, rumiando, atormentándose y atormentando..., para poder ofrecer solamente comentarios, balbuceos.

Sin don Benjamín no puedo filosofar. Su risa de jesuita, su cuerpo eclesiástico, sus ojos mansos... Él ha sido mi piedra de toque. Cuando reía, durante nuestros diálogos, era porque la verdad nos había acariciado. ¡Qué bueno que don Benjamín conociera a esta muchachita y a *Patadepalo*; a Teanós, a Irene y a Toní!..».

Al día siguiente:

«Son las diez y media. Vine muy excitado a invocar a Dios. Necesito apaciguamiento. ¡No tiene nada, nada tiene escondido la muchacha del café! ¡Nada tienen los libros y nada tiene Teanós! Quiero renunciar a todo y que la inervación recomience en mi organismo destrozado. Hay ruido arterial en mi cerebro.

¿Dónde está el camino? ¿Dónde están las huellas, como gritaba en *Viaje a pie*, cuando estábamos perdidos en los prados y bosques del Retiro?».

* * *

Llegada de Toní

Fue una mañana invernal cuando llegó a casa, en tranvía, *mademoiselle Toní*. Llegó afanada, con el periódico en la mano, el mismo día en que salió el anuncio. Quería ser la primera. Vestía con abrigo azul, desabrochado, y pude contemplar la forma general de su cuerpo. Bajo el brazo, su paraguítas que parecía un cigarro. Subió las escaleras apresuradamente. Olor a juventud, rostro encendido, un poderoso animal.

Así llegó y entró en casa *el remordimiento*, es decir, la mujer que había de amarme y a quien yo diría NO, con pena y alegría. Lo primero, porque renunciar a las cosas buenas entristece siempre, y lo segundo, porque me había creado en el curso de la vida una motivación nueva, la cual quedó satisfecha. Desde la infancia he vivido meditando, parado en los rincones o al pie de los árboles. Una mañana, durante mi niñez, amaneció una rosa en la punta de una vara alta

y joven, en el patio de casa; el Sol la acariciaba. Allí me quedé buscando, con el aspecto de quien busca, al menos. Cuando leí que Sócrates permanecía parado afuera, a la intemperie, durante horas y hasta días, me alegré mucho porque ya tenía un santificador. Durante la niñez y juventud me había creado motivaciones; en Bonneveine, *ya estaba preparado para la llegada de Toní.*

Estas cosas de Toní son pequeñas pero trascendentales. Me ilustran acerca de mí. ¿No fui un niño monosilábico, parado en los rincones, suspenso, solitario? Mi niñez fue UNA PREPARACIÓN PARA RENUNCIAR.

Las cosas buenas no suceden sino a quien no las busca y las muchachas no aman sino a los guerreros desprendidos. Hay leyes desconocidas que rigen la vida del espíritu. Si yo no hubiera estado preparado para renunciar, Toní habría sido otra.

La escena, en el vestíbulo. Mostró los certificados. Yo estaba de espaldas al jardín y la luz que entraba por el baño caía sobre ella. Dijo que luego traería el pasaporte. Dio su dirección: 32, *rue D'Arenc*, por allá, por los muelles, al norte de Marsella.

Yo no la miraba, porque no debía hacerlo. *Yo era un hombre contenido.* Pero la veía. Veo a las mujeres en razón inversa de cuanto las miro. Desde que no las mire, es porque son dignas de un renunciamiento. Mi alma se ilumina y *siento que las veo, que las estoy tocando.* Me causan éxtasis las muchachas que huelen a salud, y mis facultades psíquicas funcionan. Sólo una vez miré a Toní, durante aquella escena, y recuerdo que nos asustamos. Aceptó todas las condiciones, y yo sabía que las *iba a aceptar.* Era un instante de conocimiento directo.

Hoy comprendo que yo atizaba desde entonces, y «el amor más arde mientras más se atiza». Atizaba, para luego decir que no. Bregaba ya porque me amara para resistir a sus ojos, pues desde antes de llegar, desde antes de mi instalación en Marsella, desde antes de nacer, había sacrificado a Toní al *espíritu.*

Para el estudio de mi carácter, ahí tienen un dato de infidelidad: apenas contratamos a Toní, ya le era infiel con las muchachas posibles que podrían venir a causa del anuncio en *El Pequeño Marsellés.* ¿No cree el lector que en cada instante se halla todo nuestro pasado y nuestro futuro?

La infidelidad, tal como la describo, es patrimonio de las almas cuyo destino es la Divinidad. Es gran virtud. Procede del estado de imperfección que nos induce a buscar. Los hombres fieles no tienen porvenir.

Las muchachas que van a venir son imaginaciones que sostienen la vida y la entretienen. La realidad es siempre sombría. En mí no estaba el deseo de poseer mujeres, pues por millares estaban en las calles. Si Toní me hubiera prometido acostarse, me habría repugnado. La prueba está en que la felicidad proporcionada mutuamente fue porque nada nos dijimos.

Narración

Toní se instaló en noviembre, en invierno, cuando ya las casas están cerradas, hace frío y la vida es íntima, al lado de la caldera de calefacción... Recuerdo que cuando llegó, yo estaba triste, abatido, con la conciencia de haber renunciado a ella en absoluto. Vino con su tía, a quien prometí, a solas, en el balcón del baño, *velar por la joven*.

La verdad es que mi carne chillaba de dolor y mi espíritu escalaba el cielo, cuando hice tal promesa. Quedé anonadado dentro de mi bata de baño.

Una vez bajé al jardín; estaba sola y corrió asustada. Fue la primera vez que se asustó... ¿Por qué, si no la miré y si nada le dije? ¿Por qué temía?

Era pequeña, dura, rubia.

Recuerdo que fue una tarde cuando, paseándome por el vestíbulo, la vi por primera vez salir de su habitación con su pijama rojo. Otro día se fue de paseo, y abrí su cómoda y me parecieron muy bellos sus calzoncitos y camisas.

¿Por qué nos gustan estas cosas de las mujeres desconocidas? Con miedo de profanar el sentimiento que tuve, diré que quizás sea porque las mujeres con quienes no hemos conversado son el depósito imaginario de la felicidad y hermosura que anhelamos. Pero entonces, ¿por qué nunca pensé en la ropa de Gina? ¿Habrá afinidad que nos atrae y embriaga? ¿Se tratará del genio de la especie?

Mientras rezábamos el rosario, por las noches, Toní estaba encerrada en su cuarto. Yo me paseaba, dirigiendo el rezo, e indudablemente que mi gran ansia de felicidad remota, o el genio de la especie, traspasaba la puerta, por las rendijas, o como los rayos X, pues sentía cierta especie de comunidad entre nosotros... La prueba está en que ella me huía, me tenía miedo, sin haberla mirado nunca descaradamente, como los jóvenes impetuosos.

A mi hermano le decía: «Toní es fea...». A medida que penetro en esta confesión, me admiro más de mí, de la astucia de la subconciencia. Soy ladino, astuto en los secretos del pecado, de estas cosas que rodean lo que llaman pecado de la carne.

Así pasaron muchos días, sin que habláramos, sin que pudiéramos mirarnos sin apartar los ojos, o, por lo menos, sin darles aspecto de indiferencia.

*Yo no sabía entonces que entre Toní y yo estuviera pasando algo. Ahora es cuando lo sé. Yo pensaba voluntariamente en otras cosas, en Dios, en Italia, en facultades psíquicas desconocidas. Pero ahora, examinando mis libretas, veo que Toní era el hilo, la coloración de mi conciencia, la que daba lógica a toda mi vida interior, ya se refiriera a *Salomé*, al café «La Cigarra», a las ostras del Viejo Puerto... Yo la *censuraba* (?), la *despreciaba* (?), porque había*

roto el tintero, por sus descuidos. Pero en el fondo, en realidad, entre nosotros sucedía la historia de que sólo ahora me percató. Había mucha cosa fuera de lo aparente, mucha historia entre los dos. ¿Por qué huía temerosa y sonrosada? ¿Por qué nunca me dirigía la palabra? Porque vivimos y sabemos más cosas de las que creemos. Tal la explicación.

Un día, Toní no quiso bajar al comedor a la hora del almuerzo y se encerró a llorar. Subí a consolarla. Puse la mano sobre su cabeza y le dije: «No llore, Toní... ¿Por qué está triste, usted, tan bella?...». Me deleitaba como un confesor, y todo el día estuve pecaminosamente alegre, pero sin darme cuenta de lo que sucedía.

Nosotros, los jesuitas, somos egoístas como los gatos. Es la esencia en la comunidad de los reverendos padres hermanos de la infortunada Cunegunda... Damos muchos consejos, pero el jesuita es hombre *segretatus a populo*. Los reverendos viven en sus caserones amplios, conversando largamente en sus paseos por los corredores, en donde caminan para adelante y para atrás, en grupos de dos filas que se enfrentan, formando así *el animal de la comunidad*. Nada sabe el jesuita de hambres e infortunios, sino por los libros y el confesonario. No conoce la moneda. No compra mercado. No sufre crisis. Está parado al pie del árbol de la vida, consolando a Toní... ¿Por qué no insistiría el padre Torres? ¡Qué gran jesuita hubiera sido yo! Y hoy viviría en Roma o en París, enseñando un poco de teología abstracta y consolando a Toní: «Hija mía, baja a almorzar; tan bella muchacha como tú, sólo debe llorar a causa del pecado... Dime, ¿es que tú acaricias, te deleitas con la tela, con los pliegues de tus ropas, al vestirme...? ¿Gozas y sueñas con la seda de tus medias...? No temas. Cuéntamelo todo... Somos jueces, y es necesario que me desnudes tu alma...». ¡Cuán lejos iría mi poder olfativo! ¡Qué inmenso desarrollo habrían adquirido las facultades de mi intuición! Yo habría fundado nuevas casas; mis sermones estarían publicados y las muchachas de Francia habrían dicho: «*C'est gentil ce Père de la Colombie!...*».

Así fue como consolé a Toní. Luego, por la noche, volvió con regalos para todos, menos para mí. Pero sentí que todo, absolutamente todo, era para *monsieur*. Así estuve en la cima de la felicidad psicofisiológica, que únicamente conocen los guerreros desprendidos, durante tres o cuatro días. Mientras más convencido estaba de que toda ella era para mí, *porque ningún regalo me llevó, y porque me temía*, más lento era mi caminar entre la bata de baño, más reconcentrado mi aspecto, más despacio rezaba el rosario, y más ratos me encerraba en el consulado a fumar y meditar en las relaciones del hombre con la Divinidad.

Sólo una cosa modifiqué de mi conducta. Seguí dejando la llave, para que atendiera las llamadas al teléfono. Al salir, gritaba desde la escalera: «*Mademoiselle Toní!... Toní!... voilà la clef...*». Bajaba ella, con el rostro encendido, pero feliz, brincando de tres en tres los escalones. Yo la miraba amorosamente, pero con bondad espiritual; estiraba hacia arriba la mano, mientras decía *voilà la clef* y así permanecía hasta que Toní llegaba. Ahora comprendo los significados de tales actitudes: la mía, para poder mirarla, y la rapidez de ella, para que cesara pronto mi mirada, porque estaba feliz, pero temía.

Cuando un día, al entregarle unos juegos de facturas, me miró Toní, por la primera vez con gran capacidad de entrega, tuve que huir por las avenidas, bajo los árboles, buscando

contención. El espíritu me estaba atacando y escribí este himno, metido en un café del Viejo Puerto:

Himno

(Diciembre 23 de 1933)

Desde hace tres días encuentro la vida milagrosa. Estoy asombrado de felicidad. Estoy embriagado de dulzura. Soy como úlcera rojiza en vía de cicatrización. La vida me produce tanta alegría, que es hasta comezón. ¿Era pues, posible, un milagro? Veo a Dios. ¡Cuán bello es el que está escondido, el que susurra bajo las formas de la vida! Tú, Señor, eres el niño que palpita en todas las cosas, como si fueras a nacer ya, ya... Toda la vida está grávida de ti, Señor Niño Jesús, y mañana vas a nacer en todas partes y de todas las cosas. Eres como la aurora, que cada vez más, cada vez más...

Señor: cógeme, que me muero de delicia; no me vuelvas a mirar con ojos sonreídos, porque muero de comezón, la comezón de la felicidad. No me sonrías, Señor, con ojos tan maliciosos e inocentes, porque mi corazón se encabrita y va desenfrenado y me tumba...

Soy úlcera que botó la costra y que brota carne en conillos rojizos y me muero de dicha.

¿Por qué me has dado tanta felicidad, después de días tan amargos?

Hijo mío, mi Dios y mi creación dentro de mis entrañas, no rebullas tanto, que me matas: dame poco a poco la dicha de tu presencia.

Pero no. Mírame más, sal de detrás de la alta montaña que te oculta, y ven cada vez más cerca, cada vez más, cada vez más, pues eres el que siempre, eternamente, está llegando: eres infinito.

Dije durante mi vida oscura del otoño: ¡Ven Sabiduría y Belleza! Ahora me has inundado, y estoy tembloroso y tengo comezón de dicha, como la novia que llora y ríe y no puede creer que está herida, que en su carne palpitante se injertó otra carne.

El amor son las alas del alma. He renacido al amor. Mucho más que la inteligencia, pero mucho más, centuplica mi vida un indicio amoroso tuyo, Señor, como, por ejemplo, cuando me sonrías en ojos maliciosos. Sólo el amor deja la vieja carne descostrada, desnuda, rojiza, sangrando vitalidad, de tal modo que parece que fuera a escalar el cielo. ¡Presuntuosa! ¡Inocente!

Segundo himno

(Diciembre 24 de 1933)

Todo estoy palpitante, porque te atisbo; todo yo chillo como los pajarillos que merodean en la mañana, porque te siento venir. Tengo un gran asombro... Todo instante se me hace milagroso. ¡Hiéreme, Amor, que estoy desfallecido como hermafrodita en el calor de la canícula, yacente, que arrojó para abajo la vestidura! No sé qué hacer de mí, Señor, desde que tus ojos me sonríen. Las alas para llegar a ti son el Amor. Derrítemelas pronto, hiéreme, no me dejes acercar más a ti, que ya estoy dando gritos de dicha y espanto. Soy como virgen acariciada por mano que se atreve un poco, y que luego se aleja. Como virgen que rebulle las caderas, persiguiendo lo que teme, muerta de placer. ¡Hiéreme! ¡Satisfáceme! ¡Sa-tis-fá-ce-me!...

* * *

Paréntesis

Por eso dije que las cosas de Toní son pequeñas pero trascendentales. Allí, en esos poemas, creará un hombre vulgar que hay *pecado* (¡qué lástima tener que citar a los vulgares!). Y fueron hechos a Dios. Toní era mi acicate. La rosa, y el Sol, y la noche, son los acicates para adorar a Dios. Hombres, espíritus encarnados, apenas lo sentimos por medio de reacciones químicas, a través de los sentidos y del cerebro. Para nosotros DIOS ESTÁ MÁS BELLO CUANDO TENEMOS SINERGIA ORGÁNICA.

Poemas sensuales eran los de Salomón y de Teresa de Jesús. Ésta, al morir, tuvo unos griticos de delicia: murió desfallecida de felicidad.

Los vulgares se dividen en dos grupos, a saber: los unos quisieran que la Divinidad, en sus relaciones con los hombres, nada tuviera que ver con los sentidos. Los otros, doctores de vereda, afirman que somos histéricos. Éstos, encuentran el treponema en toda manifestación de la belleza; aquéllos, odian al universo, tan esferoide, tan palpitante y tibio.

Yo creo que somos como el rosal que hay en el patio de casa: estamos sembrados en los sentidos y algunas mañanas aparece una rosa en la punta de una vara joven.

Así sucedió que Toní, con sus ojos vitaminosos, con sus pequeñas cosas duras, me tumbó y quedé ciego en el cuarto del consulado, como Saulo en el camino de herradura...

Interrupción

Después de algunos días felices, supe que Toní había dicho a *Mlle. Babí*: «¡No crea!; ¡no se volverá a casar!; ¡es muy viejo ya!». ¿Por qué diría eso, que me hizo tener conciencia de la vejez?

Lo dijo indudablemente para engañar, pues fue a poco cuando me escribió el papelito en que decía: «*J.V.A.*». ¡Yo te amo!

Durante el intervalo entre las dos frases: «Es muy viejo ya» y «Yo te amo», estuve triste y me fui a París, después de escribir en mis libretas la siguiente

Imprecación:

«Más le vale al hombre morir que caer en garras de mujer. Lo asesinan lentamente, a golpecitos, y luego lloran y rezan. Y, sin embargo, la vida es el *súmmum* de los bienes. La mujer, animal que araña en la corteza cerebral, es locura inventada en el infierno.

Me han amargado todo, hasta mis estudios teológicos. Hace tres días que, dormido y despierto, sufro lentamente, percibiendo la locura que me cerca. Yo no puedo vivir sino ebrio de amor por la vida.

Estas mujeres me atormentan. Me tienen reducido a esclavo. Parto ahora. Necesito la soledad de París».

Así continúan casi todas mis notas de entonces. No sabía que una frase tan corta, «es muy viejo ya», pudiera causar en un organismo tan profundos trastornos. Pero ahora, discriminando lentamente, objetivada la historia, me doy cuenta del fenómeno. Don Julio Nerny afirmaba que un reloj fino se para a causa de la sospecha de un átomo de polvo...

Penetrar en los secretos orígenes de las teorías filosóficas y científicas, es labor de detectives geniales. ¿No eran detectives Pasteur y don Julio Nerny? Para identificar un fenómeno, seguirlo y descubrir causas y efectos; para seguir un insecto y ponerlo en variadas circunstancias, hasta lograr el encuentro de hábitos y determinaciones, ¿no se requieren imaginación y habilidad detectivescas? Y para la introspección, para cogerse objetivado y descubrir la pequeña causa que dio origen a una teoría, ¿no es preciso pararse al pie de los árboles? Se necesita mucha sinceridad para decir: el impulso, el estímulo inicial de ese canto a la divinidad estuvo en aquella ropita, arreglada de una manera muy sabrosa, en la cómoda que olía a madera fina. Los orígenes son siempre pequeños, sólo que nuestra vanidad lo niega, se resiste.

De aquí la importancia que doy a la medicina legal y a las ciencias policíacas. Todo problema de origen, o sea, filosófico, es idéntico al siguiente: un muerto en una habitación...; un revólver a su lado izquierdo...; los zapatos como arrojados lejos, separados, etc. ¿Lo asesinaron y cómo, o hubo suicidio y por qué? Así es el estudio de la filosofía, el hermoso estudio de las causas. En el mundo encontramos hechos y nuestro deber consiste en explicarlos. El primer principio del *arte de los orígenes* es que la explicación debe buscarse siempre lo más cerca posible, y el segundo es: que los orígenes están siempre en la mujer.

Por ejemplo, en el caso de que hablamos, un investigador amigo mío llegó, vio los zapatos y que el muerto estaba en pijama fino; meditó en que el hecho había ocurrido en casa de amigos del difunto, y lanzó *in mente* la hipótesis de homicidio por celos. Luego comprobó la hipótesis con la belleza de la dama, su fragilidad y juventud; amoríos entre ellos, marido áspero e intolerante. Resultó que nuestro héroe había dejado sus zapatos a la medianoche, primero el uno y después el otro, dispersos, y que así, en medias, poco a poco..., etc. Cuando mi amigo detective contaba esto en *Plaza Prefectura*, lo llamé colega en filosofía y grité: «¡Mozo, dos oportos!»...

Me fui a París después de escribir muchas cosas que hoy me avergüenzan, por falta de medida; parece que hubiera olvidado el principio de que todo se transforma, hasta el dolor que causa la muerte de la madre. Un hombre que había estudiado los electrones y protones; que había asistido a tres inviernos y cuatro primaveras; que habitaba a orillas del mar, siempre variado y múltiple, se había dejado conducir a esta afirmación: «Más vale morir que caer en garras de mujer».

En París miraban con desprecio mi callada soledad. Allá saben que para que nazcan la filosofía, la moral, el arte, los niños y la alegría, son necesarios macho y hembra... Llevaba dos días de estudios en la universidad que es aquella ciudad gala; ya casi me graduaba doctor en el arte de la belleza de la vida efímera, cuando recibí la noticia de que Colombia me quitaba de cónsul, a causa de mis amores con el *Hermafrodita* del Museo Nacional de Roma.

Regresé a Marsella y encontré tristes a las mujeres. Toní, *mademoiselle* Babí y hasta «Salomé» habían llorado porque *monsieur* se iba muy lejos, para *la Colombie*.

Vinieron días deliciosos; el sentimiento aumentaba con la amenaza de la separación. Cosa parecida a lo que sucede con los que van a morir, que sentimos pesar de no haberlos querido mucho.

En tales circunstancias llegó la Navidad. En el comedor pasamos la agradable noche. Toní llegó a las ocho, cuando estábamos comiendo. ¿Por qué vino, si tenía permiso hasta el siguiente día? ¿Por qué tan alegre, y por qué trajo regalo para todos, menos para mí? Sentí orgullo, porque comprendí definitivamente que toda ella era mi regalo de Navidad. Recordé que la conquista de almas es superior a las otras.

Conversamos. «Yo quisiera —dijo ella— un marido que fuera como *monsieur*». Todos reímos, pero yo, en apariencia. Ya me explicaba la frase: *¡demasiado viejo!*

Dijeron que podía besarlas al sonar las doce. Besé fácilmente a *mademoiselle* Babí, pues no había nada en mi subconciencia. Pero ¡a ella! Primero corrió hacia la puerta del jardín, gritando: «*jamais de la vie!*», «*jamais de la vie!*». Luego se detuvo, me miró enrojecida, seria y *no me acuerdo cómo fue que nos besamos...* Recuerdo apenas que quedé disgustado, criticándome por no haberla besado mejor, por no haber sabido gozar de ese instante. ¡Lástima que la vida sea irremediable en todo, que no se repita idéntica! Profunda tristeza me embarga cuando recuerdo todos los incidentes con Toní, pero mucho más cuando recuerdo aquella noche.

* * *

Interrupción

Mientras me preparaba en esta mañana sucia de llovizna para continuar la historia, pasó por la calle un antiguo condiscípulo en el colegio de los jesuitas, hace 33 años. Camina pesadamente, con su barriguita blanda. Este mundo de posibilidades envejecidas me dio la conciencia del valor que tiene la vida, y sentí la vejez.

La visión del condiscípulo me estimuló para la filosofía, en el sentido de aprovechamiento de la vida, y me hizo imposible continuar ordenadamente. Su paso consonaba con la frase *il est trop agé* y con la noche de Navidad.

El lector tiene que someterse a mi desorden aparente, pues los sucesos me estimulan y me embargan. He aquí mis pensamientos:

A) - Como pasado mañana me van a operar, siento el supremo valor de la vida; es oportunidad única y pasa irremediablemente. También tengo conciencia de que cada instante podría ser bello, santo, heroico; tanto como quisiéramos, pues somos nosotros los que ponemos el significado en ellos. Lo cierto es que Toní, el remordimiento de Toní, es apenas uno de los muchísimos aspectos del valor supremo de la vida. El condiscípulo es la figura humana de todas las posibilidades perdidas. ¿Se debe arriesgar la vida, tan única posibilidad de embellecimiento, en una operación de hernia?

B) - A cada instante hay que ser guerrero.

C) - Hace días que vivo dominándome, con los sentidos en sobriedad, para no ser vencido. Es preciso que no acabe como este condiscípulo, caminando con gran fardo de melancolía.

D) - Tengo miedo a la operación. No estoy preparado para arriesgar la vida, pues siento remordimiento de no haber sabido poseerla y de haberla dejado virgen en todas partes. *Estaré preparado*, cuando nada me hale de la Tierra. Ahora, si muriera, mi espíritu tendría nostalgia y reencarnaría; vagaría por Marsella, por París, por todo el mundo, bregando por oír la voz que exclama: «*Jamais de la vie!*». No estoy preparado para irme. La belleza de la Tierra me detiene aún. Estoy insatisfecho.

Si muriera en esa operación, tendría remordimiento infinito; sería por todas las cosas, por no haber embellecido más y más. Toní es símbolo de la vida.

E) - Es diferente —concluí— ser pobre porque voluntariamente se arrojan las riquezas, a serlo por impotencia. Este se autodesprecia; el primero se autoestima, tiene la joroba del orgullo noble, sentimiento de capacidad espiritual. Lo mismo el que renuncia al amor, a la carne, al demonio, y aquél de quien renuncian el diablo y las mujeres. Igual, el que sale roto y sucio, siendo limpio, y el que sale mugriento porque lo es de naturaleza. Y como yo no he renunciado a nada, pues lo hice siempre para gozar más, resulta que sentiré la necesidad de volver; reencarnaré.

* * *

Narración

Para no dejar nada en el olvido, procederé en este capítulo como los segadores que repasan los campos en busca de espigas olvidadas. Recorreré toda mi conciencia de ese periodo para recoger pequeños datos dispersos.

Recuerdo que durante ausencias de la muchacha, entré a su cuarto, con pretexto, pues ahora comprendo que iba a deleitarme, sobre todo con su pijamita rojo. Me paseaba repitiendo: «...¡si esta Toní parece un muchacho con este pijama!...».

Cierto día... me eché en su cama, *para sentir cómo quedaba allí.*

En todo esto procedía *castamente*, en el sentido de ausencia de vulgaridad. Sensual, en cuanto había mucho amor por la vida y por las cosas de la Tierra.

Me levantaba a las cinco, para ver nacer el día, para examinarme, y mi goce en esas mañanas, al oír los pasos y ruidos de Toní y «Salomé», solamente podrán entenderlo quienes hayan adquirido habituaciones jesuíticas.

* * *

Crítica

He descrito mediante introspección. Releyendo, me parece retrato de esos que hacen de memoria los pintores. Obra defectuosa. Aquello fue mejor. Es porque se trata de sucesos internos, motivaciones, vida subconsciente. Note el lector que los *hechos materiales* han sido pocos y entienda que *nunca me propuse nada con Toní*. Y, sin embargo, ahora comprendo que mentalmente, la mente fisiológica e instintiva, pecaba.

Nos engañamos a nosotros, o sea, a la conciencia, pero no puede engañarse a la mente instintiva.

Si ahora fuera a morir, diría: hasta aquí, no *pequé*; hasta aquí fue el lógico desarrollo de las motivaciones y maneras que me dieron mis abuelos, las hermanas de la Caridad, los jesuitas, la sociedad toda. Era necesario que un hombre nacido y criado como yo, se acostara, *para ver cómo quedaba*, en la cama de Toní.

La subconsciencia es la que *peca*, prevarica. Así pasa con los jueces, que viven prevaricando, pero honradamente. Prevarica la mente instintiva. Los abogados crean los motivos para que los jueces prevariquen. La dulzura del recuerdo, de la amistad, etc... La compasión nace por asociación de emociones, y se va prevaricando poco a poco. Yo he sido juez, y conozco el poder que ejerce la atmósfera mental en el momento en que se juzga. Un reo, aparece el reo...; no sé qué nos recuerda a fulano...; tenemos las emociones asociadas con este recuerdo y la sentencia se va formando en la mente instintiva, así como el feto en la matriz, sin que nos demos cuenta. Juzgar es prevaricar honradamente. Porque toda proposición que sale de un hombre tuvo gestación involuntaria.

Estas cosas del interior son muy difíciles de traer a la conciencia, y, más aún, de comunicarlas. La historia de la alsaciana no sucedió como la he contado; los hechos y motivaciones de que se compone sucedieron en el curso de otros, más numerosos, aparentemente no relacionados con ella, es decir, que a medida que aparecían no se percibía que estuvieran unidos mediante una motivación consistente en amor por la juventud, por el misterio, la alegría, por todo lo bueno.

Pero cuando narramos una historia, la aislamos de los hechos que no tienen nexos aparentes con ella, para darle unidad literaria, y resulta que así le quitamos la unidad anímica. La historia toda de un hombre es unidad vital; los hechos se condicionan mutuamente. Pero el arte exige límites. Por eso, se aleja mucho de la vida. Cuando contemplo mi pasado, como crítico, lo veo solidario en todos sus detalles.

Hay que limitarse. Sólo el hombre limitado voluntariamente puede triunfar en la acción, negocios, arte o teología. La vida es vasija; no tiene sino lo que en ella echamos. El hombre es animal moral. Valemos en cuanto nos sacrificamos.

* * *

El padre Izu

Hace días suspendí, dudando de que las cosas hayan sucedido como las describo, y, sobre todo, de la motivación.

¡Estudiar su propia vida! ¡Volverse objeto de conocimiento y engañarse quizás! ¿Qué esperanza, si nos engañamos acerca de lo nuestro?

En estas dudas estaba, cuando encontré al padre Izu, el jesuita que me enseñó las tablas, así: «¿Ocho por siete?, ¿nueve por nueve?», creándome reflejos, educándome... Muy viejo, pero delgado y recto; caminador. Va y viene de «Miraflores» al Colegio. «Hace cuarenta años que

me tienen aquí. No me mueven ni siete yuntas. ¡Hombre! Sigue escribiendo, pero ¡no cosas tan malas!...».

Me acordé de Toní: ¿por qué han de ser malas estas cositas de *mademoiselle*? ¿Sería mejor que yo mintiera e inventara seres ideales que no hayan sufrido el ataque de la tentación? ¿Por qué va a ser malo esto del remordimiento y del arrepentimiento? En las calles de Envigado, Medellín, Roma, París, Barcelona y Marsella, en todas partes, sólo he visto cosas *malas*. ¿Consistirán la bondad y la virtud en decir que nunca fui tentado y que jamás tuve en mis manos aquel pijama rojo?

* * *

Fin de la segunda parte

Mañana es la operación. Si muriera, ¡lástima!, porque en la última parte estará la síntesis, ESTHÉTICA Y MORAL, el tratado del Remordimiento; la enseñanza de esta muchacha alsaciana, el fruto de nuestros amores. Es como las rosas, que tienen su origen en la tierra. ¿Hubo amagos de *pecado*? Es muy difícil decirlo. Estas cosas de las motivaciones son casi tan imposibles como las apariciones en la sábana que colgaban las Canos para invocar los espíritus: nosotros, allí sentados, en semioscuridad, cogidos de las manos, creíamos por instantes ver figuras, pero no había nada, absolutamente nada, fuera de la sábana blanca de la cama de María... ¿O sí habría algo? De mí sé decir que desde entonces no creo en que los espíritus vengan a materializarse en las ropas de las camas. ¿Será tan triste la vida espiritual que después de muertos vengamos a la casa de las Canos?...

¡Las motivaciones! Son como los espectros. Hoy iré a confesarme y no he podido agarrarlas.

Desde mi niñez he vivido en el límite de sombra de la ciencia; entre ésta y lo desconocido hay siempre una zona atrayente, sombreada, pecaminosa, ilegal. Ahí es donde me ha gustado morar. La ciencia oficial no ha tenido mi amor. *La revolución* está entre las leyes y el porvenir, zona agradable... Entre la ciencia y la oscuridad completa hay otra, a media luz, como de amanecer; ahí he vivido. No me ha gustado lo que cualquiera puede saber si compra un libro y se sienta en un taburete. Por eso afirmo que si reglamentaran la profesión de teólogo, a mí no me inscribirían. Amo a los rúbulas, a los revolucionarios, y sobre todos los seres he amado desde que nací a Jesucristo y a Sócrates. Han pasado milenios y aún continúan siendo la aurora de la humanidad. Siempre he estado con los descontentos. Nunca satisfecho.

Hoy, víspera de la operación, me mata el remordimiento. Tanto me mata, que no puedo continuar. Pero entiéndase que lo que me está matando es el remordimiento de haber dejado virgen a la vida. ¿Alegría por haberla ofrecido al espíritu? ¿Cuál mayor, remordimiento o alegría? Hoy es remordimiento, porque mi carne está eufórica; esta mañana era alegría, cuando al salir el Sol me pareció que Dios estaba visible.

Epílogo

No morí en la operación, pero murió *mademoiselle* Toní. Ya no quiero sino a la enfermera, madre Serafina, o sea, a la serenidad. Desde que la vi, odio las muchachas.

Toní murió en el hospital San Vicente. Por fin, los dioses me concedieron la libertad. ¿Qué se hizo *mademoiselle* Toní...? Ya no puedo soportar sino a Madre Serafina. No me enamoran ya sino los seres asexuales, solemnes, que tienen ojos abiertos a todo e incontaminados, como las ideas platónicas.

«Adieu plaisant pays de France!
O ma patrie
La plus chérie!
La nef qui desjoint nos amours...».

¡Fueron las visitas! Ellas mataron a *mademoiselle* Toní. Toda la gente colombiana expone sus teorías acerca del *cambio*, y, como todos los pueblos que no son Francia, cree poseer las llaves del cielo. Decididamente, aquí la vida era muy difícil para una muchacha sensible.

Pues sí, lectores, tuve el premio de mi sacrificio: ya no amo a Toní. Antes de terminar la historia, dejé de amarla. Y no hay para qué forzar el espíritu. Seamos sumisos, pues somos apenas sombras de los dioses.

¡Murió *mademoiselle* Toní! La historia quedará trunca.

Si el lector desea admirarse, contéplese. Considere aquellas pasiones a que ha estado sujeto, de que ha sido prisionero, que lo han reducido a extremos lamentables, oscureciendo su razonamiento, y observe cómo pasaron. Contemple a los púberes, esclavizados por el sexo, la lectura, el cinematógrafo y todos los abusos. ¡Qué desagradables! Pues así fuimos, y hoy, con nuestros amores y aborrecimientos, somos púberes para los que van adelante. Mal podría continuar con la historia, si los espíritus familiares me concedieron la liberación. Sería violentarme.

Si los dioses me restituyen a Francia, a mi casa de orillas del Mediterráneo, terminaré la confesión.

Diré únicamente, para terminar, que Toní y yo fuimos a la Basílica de Nuestra Señora de la Guarda y que allí, bajo todos los ex-votos, bajo los barcos en miniatura que cuelgan del techo, bajo espadas y muletas, colgadas también, le dije a la Virgen:

YO SOY UN SACRIFICADOR NUEVO CON UNA TÚNICA NUEVA. VENGO A OFRECER ESTOS CALZONCITOS Y SI NO LOS CUELGO DEL TECHO ES PORQUE HACE MUCHO FRÍO Y ESTA MUCHACHA SE ENFERMARÍA... PERO, EN CAMBIO, DAME CONOCIMIENTO.

TERCERA PARTE

El remordimiento

Definición

Morder tiene significado físico: asir y apretar con los dientes una cosa, clavándolos en ella.

Remorder - Repetición de tal acto. Se usa en sentido psíquico, así: ejecuto un acto al que me veía atraído por una tendencia y alejado por otra; lo hago, pues, sin aprobación plena, indeciso. Al ejecutarlo o al ser tentado para ello, me remuerde la tendencia opositora.

REMORDIMIENTO ES LA INTRANQUILIDAD QUE PRECEDE, ACOMPAÑA O SIGUE A UNA ACCIÓN.

* * *

Explicaciones

Para que haya remordimiento es preciso que el acto sea reprobado* por tendencia juzgada por el yo o resultante como superior a la incitadora.

Hay una dificultad aparente; se podría preguntar: ¿hay remordimiento porque no robé? Si la tendencia a robar es muy fuerte, sí. De lo contrario, hay alegría. Si ambas son muy grandes, resulta un sentimiento mixto.

Penetremos más. Siempre que hay tendencias contrarias, hay remordimiento, más o menos aparente.

Sólo hay alegría o dolor en los actos en que existe lucha interna. En toda acción hay una tendencia vencida y otra vencedora. El hombre es moral, o sea, guerrero. De ahí que nunca haya *alegría simple*. Sin dolor no puede haber alegría, y viceversa. Alegría y dolor, como elementos simples, no existen sino en abstracto. La emoción no se produce sino en los actos acompañados de lucha interna, y, por ende, todas son compuestas de gritos del instinto triunfante y de lamentos del vencido.

Ningún acto produce emoción simple, alegre o dolorosa; las llamamos de esos modos según lo que domine en su composición.

* Más adelante veremos los matices de esto.

¿Por qué el hombre es moral, o sujeto a remordimiento?

Los constituyentes psíquicos están en perpetuo equilibrio inestable. La resultante a que llamamos *yo* cambia a cada instante, con las mutaciones fisiológicas y del ambiente: de ahí resultan las tentaciones, el pecado, los remordimientos.

Mientras más complejo el individuo, mayor delicadeza, mayor sensibilidad, más tormentos.

Hay seres que dan la impresión de unidad. Son antipáticos, pero muy importantes en la historia. Son los tiranos, los *hombres de voluntad*.

Los minerales son muy sencillos; reaccionan siempre de un mismo modo. Los vegetales comienzan a estar atormentados, pero imperceptiblemente. Los animales inferiores, un poco más, y así hasta llegar al hombre, de quien podemos decir que es un ser atormentado por el remordimiento, un ser moral.

El hombre da la impresión de que no se encuentra bien en la Tierra. No hace nada con la sencillez y elegancia de los otros seres. Inventó el pecado y de ahí que tenga ojos y maneras de criminal, cuando come, cuando camina, cuando habla, cuando cohabita. Podemos afirmar que el hombre, en la Tierra, no se siente completamente en casa, no está aclimatado.

Ante la variedad de constituciones en los hombres, hay que concluir que no somos libres, en el sentido que le dan a tal expresión. La meditación es la que nos liberta, pues mediante ella ascendemos a planos superiores de motivación.

Especies de remordimiento

Tenemos que *remordimiento es dolor interno causado por tendencia reprimida, o bien, sacrificada*.

Por ejemplo: mi instinto de fecundación desea una mujer. Al mismo tiempo, mi instinto espiritual exige alejarme de ella. Pongo este ejemplo, prescindiendo de todas las demás motivaciones adversas y favorables, con el objeto de ser claro; pero téngase presente que la vida interior es tanto más complicada cuanto más culto el individuo. A todo acto nos incitan motivos varios y muchos otros nos retraen de él. El acto es resultante de fuerzas en guerra, en contradicción, y el panorama interno de un alma es creado por esas batallas.

Desde el instante en que deseo a la mujer y que la espiritualidad me aleja de ella, hay remordimiento. Digo que estoy *tentado*. Ambos instintos *duelen*, pues uno de ellos ha de ser víctima.

Hay, pues, estos remordimientos:

Precedente al acto.

Concomitante.

Subsiguiente.

Al primero lo llamamos tentación.

El segundo es el que da ese aspecto de tormento a las acciones humanas. No existe en los animales, y de allí que obren tan bellamente, con naturalidad terrenal. El animal vive en la Tierra como en perfecto medio. No así el hombre, animal que mira para el cielo, que siempre obra sin consentimiento pleno, atormentado por el remordimiento.

Estos dos son siempre menores que el remordimiento subsiguiente, lo cual se entenderá con facilidad al meditar en que antes del acto aún no se ha sacrificado una de las tendencias, la cual todavía espera el triunfo. Pero una vez ejecutada la acción, el instinto opositor se queja amargamente, como víctima.

* * *

Remordimientos tardíos

De un acto puede uno arrepentirse al mucho tiempo de ejecutado, cuando crece la tendencia opositora y la otra disminuye. Tal es el tormento de la santificación. Los santos, a medida que se disciplinan, a medida que aumentan su amor por otra vida, más lloran por el pasado y encuentran en él manchas que antes no habían percibido.

Sucede esto porque disciplinarse es perfeccionar sus facultades, embellecer el ideal. Por lo tanto, a cada progreso se nos hace más odioso el hombre que fuimos, el animal que vamos matando en nosotros.

Por ejemplo, en la vida de los héroes encuentro que llegaron a lamentarse por actos que yo creo buenos. En este punto de nuestro análisis, podemos hacer las siguientes definiciones:

El hombre es moral, o sea, asciende en planos de motivación.

La vida moral consiste en odiar al que fuimos y amar al que seremos, o sea:

SOMOS EL ANIMAL ERECTO QUE MIRA HACIA EL CIELO.

Remordimientos instantáneos

Vimos que los hay tardíos, debido al lento devenir del hombre por medio de las disciplinas.

Pero los hay que nacen o crecen rápidamente, por las mutaciones rapidísimas en el hombre. Tal sucede, por ejemplo, en el coito, que, al efectuarse, muere instantáneamente el instinto incitador y eso permite oír las voces de las tendencias sacrificadas. EL HOMBRE DESPUÉS DEL COITO ES ANIMAL TRISTE.

Los remordimientos nacen posteriormente al acto, debido a cambios fisiológicos o psíquicos.

Significado del remordimiento

Si no nos remordiera, no ascenderíamos. El dolor es acicate. Sentir remordimiento equivale a odiarse, a estar descontento.

Si bien el remordimiento no sirve para borrar el acto, sirve para evitar su repetición y para que no se convierta en hábito.

Sin el mecanismo del remordimiento, el hombre no sería el que es. Sería un ser tranquilo, sin porvenir, como el caballo. En los otros animales no existe el remordimiento. De ahí su belleza plástica, su *naturalidad*.

Mientras que nosotros tenemos aspecto de promesa, de obra comenzada, de esbozo. Como animal, es detestable el hombre. El remordimiento comprueba que somos futuros diosecitos, o sea, *herederos del reino*.

El remordimiento es prueba de que no somos completamente terrenales; que habitamos aquí provisionalmente, como en una escuela.

No entiendo cómo Nietzsche juzgó tan rudamente de este fenómeno: «Una cochinería». El significado biológico de este fenómeno es superior a todo. A causa de él progresamos y seremos muy grandes.

El remordimiento es sublimación del dolor físico.

* * *

Mecanismo del progreso moral

El papel biológico del remordimiento es perfeccionar al hombre, así: por las facultades intelectuales percibimos un hombre ideal; el remordimiento nos hace llegar a él, para emprender una jornada nueva, etc...

* * *

Quisiera practicar la química y la virtud. La primera, por ser esa misteriosa alquimia, con otro nombre, y porque trata de las reacciones de los cuerpos: *la virtud* en los cuerpos simples. Y la segunda, para acercarme a Dios. Practicar la virtud es reaccionar, luchar y vencer.

Hasta hoy no he practicado sino el remordimiento, el más amargo de todos, porque siempre ha sido vencido mi ideal.

Me admira mucho que Sócrates no tratara del remordimiento, de la guerra interna. Esto del remordimiento apareció con el cristianismo, es el gran beneficio de esta religión.

* * *

Aquella joven

Ayer me fui pensando en el remordimiento. Aquella joven que quiso entregármese tímida e impetuosamente, cuando yo tenía quince años... Tímida, porque medio resistía, e impetuosa, porque me urgía tácitamente... No le hice nada, por incapacidad.

Pues resulta que a los años, en momentos de euforia fisiológica, ese recuerdo me remuerde, *por no haberle hecho nada*.

Aquí hay problemas muy graves. Veamos. ¿De modo que también hay remordimiento de no haber obrado mal?

Entendámonos. Como no poseí esa muchacha a causa de impotencia, resulta que ningún instinto venció, ninguno puede causarme alegría.

Si no la hubiera poseído a causa de amor a la castidad, este instinto triunfante me daría alegría y únicamente sentiría remordimiento cuando preponderaran mis instintos fisiológicos.

Después de lo que hemos analizado, es fácil comprender que todo acto causa dolor y alegría, pero que le damos uno de estos nombres según la fuerza de los instintos.

HAY REMORDIMIENTO SIEMPRE QUE ES VENCIDO EL INSTINTO MÁS FUERTE Y MÁS ARRAIGADO.

A los instintos anárquicos que de vez en vez aparecen en el hombre y lo dominan momentáneamente, es a lo que llamamos *el mal*.

El modo de obrar aceptado por la sociedad en determinada época, es lo que se llama *el bien*.

Esos dos entes son la moral oficial, la del hombre-vulgo.

Así, el remordimiento de la moral vulgar es muy fácilmente determinable.

* * *

Moral y remordimiento de los santos

Creándome ideales, puedo llegar a sentir remordimiento por la vida de que me enorgullecí durante años. El remordimiento no es otra cosa que la crítica hecha por un ser superior al actor. De ahí que los santos, mientras más se perfeccionan, mayor dolor sienten por su pasado.

* * *

Dostojewski

Como alegría y dolor vienen a ser el triunfo o la derrota de tendencias, y como en todo acto hay vencido y vencedor, eso que llamamos *dolor y alegría* morales son sentimientos compuestos. Siempre hay tendencia vencida (dolor) y vencedora (alegría).

Pero si la tendencia vencedora es aprobada por el *yo*, lo predominante en el sentimiento será alegría, y viceversa. Así se comprende muy bien aquello de Dostojewski acerca de que en todo dolor hay alegría, de que ésta existe en los tormentos que nos causamos.

* * *

De estos análisis precedentes resulta la explicación del hecho de que los santos se creen malos, y más, mientras más se perfeccionan. Al subir en ideales, los antiguos motivos de conducta se convierten en bajos. Lo que para mí es bueno, para un santo es pecado.

* * *

Resulta así que la *pena*, todo castigo, debe ser disciplinario: reformar al culpable para que se critique y sienta remordimiento. El dolor físico en la pena es un medio muy vulgar, muy indirecto.

Remordimiento como índice de progreso

Es el índice del progreso en conciencia. A mayor remordimiento, mayor ascenso en la escala de los años espirituales.

El que se avergüenza de su obra (libro, estatua, etc.) está por sobre ella; el que lo hace de su pasado, está por encima de él. Quien se aprueba y vive tranquilo, es una babosa. Los santos se tienen horror a sí mismos.

Yo quiero cantar al remordimiento.
Es índice de la altura que se alcanza.
Que cada día lllore por el Fernando
que vivió las veinticuatro horas de ayer...

Llorar siempre por el instante pasado;
llorar por el Fernando perezoso
que vivió mal en Envigado
y que no supo obrar noblemente...

Venid a llorar conmigo, amiga Teresa,
italo Francisco y cruel Ignacio,
porque fuimos imperfectos y morosos...
¡Quién nos diera mil años de vida!

Ensayo acerca de la tentación

La tentación consiste en un estado de conciencia en que una tendencia reprobada pretende realizarse, a causa de circunstancias accidentales.

La tentación es un estado, pues la conciencia es complejo de afecciones en equilibrio inestable; no hay allí quietud.

Es un estado en que una tendencia reprobada: porque si fuese aprobada, se llamaría inspiración. Es reprobada la que consideramos propia de seres inferiores.

...una tendencia reprobada pretende realizarse: pues en cierto modo no es el yo normal el que pretende actuar, sino un elemento anárquico. De ahí que sea un deseo de volverse a estados inferiores. De ahí también que las tentaciones varíen en grados; hay tentaciones para mí, que para otro serían *noblezas*. A mí puede tentarme lo que para otro sería un ideal, una inspiración. Las que tuvo Jesús son incomprensibles para casi todos.

...a causa de circunstancias accidentales: pues si no fuese así, se trataría de tendencia del yo normal. Es un deseo que apenas se presenta es atacado más o menos violentamente por la conciencia normal del individuo. Es como un ladrón, y por eso la especie de angustia que lo acompaña.

Hay muchos grados. Si las circunstancias que permiten la entrada de tal deseo a la conciencia son muy propicias, su acción será más enérgica. Por eso, unas veces somos víctimas, otras consentimos un momento, deleitación, etc. etc...

* * *

Remedio en las tentaciones

Como se trata de estados anárquicos, más o menos pasajeros, el remedio mejor es actualizar en la conciencia el sentimiento del paso del tiempo y de todas las cosas con él. Analizar la tentación, actualizar el sentimiento deprimente que sigue al triunfo del deseo tentador, y el agradable y orgulloso que viene luego de la resistencia y el triunfo de nuestro ideal.

Agrandar la conciencia de la sucesión de las cosas es gran arma en todas las luchas morales.

Quien logre armarse así, será figura muy agradable; poseerá consecuentemente estos dones: tolerancia, compasión por todos, hasta por sí mismo, dulzura continua y mucha fidelidad en las amistades. Será hombre en quien se puede confiar.

En estos dos últimos meses he sufrido dos tentaciones y las he analizado con el fin de escribir este pequeño ensayo.

También he tenido muy presente en mi conciencia, durante las tentaciones, y me ha sido de gran alivio en todo, hasta para mi soledad espiritual, lo siguiente: HACER LA VOLUNTAD DE MI PADRE.

Consiste esto, el más perfecto estado que pueda concebirse, y que fue el de Jesucristo durante su vida terrena, en no desear lo que no sea nuestro, en cumplir los deberes de nuestro estado, conformes, pero con iguales bríos que el ambicioso. No ambicionar, pero luchar como el más ambicioso.

El que viva esta frase, realizándola en su naturaleza, es hombre óptimo: HAGO LA VOLUNTAD DEL PADRE. Porque ¿cómo se manifiesta la voluntad divina? Pues en nuestra posición actual, no en la imaginaria. Dios quiere que vivamos este instante y no el tiempo que aún no es llegado y que ni sabemos si llegará para nosotros.

Método para el progreso moral

Todo ideal es maestro. Maestro es aquello que despierta la emoción y nos incita a devenir. El maestro nos incita, nos hace a su imagen. El hombre debe escoger sus maestros, si no quiere extinguirse. Jesucristo es el maestro. Para que aproveche, el maestro debe estar encarnado, debe ser un hombre. Y como vivo en completa soledad, como en Colombia no hay a quién imitar, me he creado a Jacinto, el hombre que deseo llegar a ser. Va delante de mí en mis paseos; le consulto en mis propósitos... Me he desdoblado para salvarme. Como el hombre es hechura, no puede estar solo; necesita de un ideal y es llevado a crearlo. De ahí mi teoría de que Dios es padre e hijo del hombre al mismo tiempo. Ya lo veremos más adelante.

En la cara de Jacinto está el ideal de la mía; en sus ojos, los míos; camina como yo deseo hacerlo, reacciona en cada circunstancia como yo desearía reaccionar y no como lo hace este Fernando de pierna temblona que está prisionero en cuerpo detestable. ¡Qué seguridad la de Jacinto en todas las cosas! Y es al mismo tiempo gran maestro de soledad...

Así, yo puedo soportar mi soledad. Ningún ser humano comparte mis problemas y mis cargas.

Solo; a nadie le importa mi bien y mi mal. No hay en el mundo un hombre tan solo... Pero tengo a Jacinto. Me he desdoblado para defenderme y nuestros diálogos serán eternos y benefactores.

Mi situación moral

Hechos:

1° — Estoy absolutamente solo. No tengo patria humana. Por consiguiente, mi soledad es peor que la de los judíos.

2° — Socialmente no puedo esperar nada. No tengo semejantes en Suramérica.

Conclusión:

Debo vivir a la enemiga.

A mí mismo

¿Quién más solo? Todos huyen.
Mis ojos son de loco, resplandecen
entre ojeras cenicientas.
¿Quién más enamorado?
Voy enloquecido
corriendo en busca de maestro...
Está dentro de mí. Es Jacinto...
Nada espero sino de mí; nadie da.
¡Pobres son los hombres! Nadie puede dar.
¡Concentrémonos! ¡Concentrémonos!
¡Bendita soledad! Por fuera, hallo el mal.
Todos huyen apenas me acerco.
Estoy sujeto a mí mismo
como prisionero amarrado.
Todos huyen, todos huyen...

* * *

El yo

Consiste en el conjunto de fenómenos interiores que actúan en determinado momento. Pero no es al conjunto al que damos tal nombre, sino a la resultante de esas fuerzas que se ayudan y se combaten.

¿Por qué hay caracteres dudosos, firmes, abúlicos, decididos, etc.? Los dudosos es a causa de abundancia de instintos contradictorios, herencias heterogéneas.

No existe el yo como ente constante, inmutable: con ese pronombre nos llamamos a nosotros mismos, pero es un algo, un enredo de reacciones indeterminable prácticamente, variable, múltiple.

Mientras más inferior sea el animal, más determinado y constante el yo. Los hombres brutos casi no varían; la contradicción de instintos está ausente, y por eso son buenos para la acción; tienen poca conciencia y obran por reflejos.

Con la cultura se produce la indisciplina del yo; aumenta la conciencia, pues ésta consiste en el sentimiento de las luchas interiores.

Por eso, *educar* es muy peligroso. Las escuelas pueden producir mucho mal a hombres y naciones. Con el apareamiento de la cultura coincide siempre la decadencia material de los pueblos.

En cierto modo es falso que las escuelas produzcan el progreso, el auge de los pueblos. La verdadera cultura, muy metódica y honda, produce *individuos geniales*, o sea monstruos de los instintos. Puede afirmarse que un pueblo está para hundirse, para desaparecer, cuando la abundancia de instintos hace aparecer la meditación, la filosofía, los problemas morales, etc.

Por eso, el que desee hacer un pueblo conquistador, guerrero, comerciante, rico, etc., tiene que imitar a Licurgo: hizo de Esparta un corral de animales disciplinados; un corral de animales que tenían un solo instinto hipertrofiado: el guerrero, el patriótico.

Un individuo y un pueblo propios para la acción son aquellos que únicamente tienen un reflejo: no dudan, reaccionan sin vacilación.

Tal hizo el doctor Francia con el Paraguay y aún hoy los paraguayos son perfectos animales para la guerra.

¿Qué pasó con Atenas? Su declinar comenzó y progresó junto con la cultura.

¿Qué sucede con Estados Unidos? A medida que van gustando del arte y de la cultura interior, van haciéndose incapaces para obrar.

Un buen gobernante que desee *crear felicidad*, debe obligar a su pueblo a trabajar: aprender a hacer cosas, laborar sobre la realidad material, escuelas de artes y oficios, gimnasia y aumentar ese instinto primitivo que se llama patriotismo.

Tal gobernante debe prohibir los estudios en que predomine el razonamiento y la imaginación.

Pero si admitimos que el hombre es promesa, que vive en la Tierra como en escuela, entonces el buen gobernante será aquel que cree la cultura, la riqueza de motivos, con el fin de que el hombre se aparte más y más del animal. *Destruir al animal*: tal es el fin de la cultura.

Pero cuando me contemplo a mí mismo y veo mi incapacidad para la minería, para producir café y para conversar con Alfonso López, me digo:

Es verdad que el hombre que desde niño se dio al cultivo interior, a los cuarenta años tiene el divino goce del pensamiento; para él son fuente deliciosa y atormentadora las cositas de *mademoiselle Toní...*, pero tal individuo es inútil para una sociedad minera y quizás sea un soñador de cosas perversas.

* * *

Acerca de mí mismo

¿Obrar sobre las almas? Se puede. Se puede hacer aparecer amores y odios, deseos y repugnancias. ¿Somos libres? Nuestra vida nos la vive la sociedad, *nos viven*.

* * *

Vi una mulatica en la acera de mi casa de la calle Manizales. Me hizo sufrir mucho. ¡Qué angustia me causan las jóvenes bellas! Porque no son mías. Soy muy carnal, muy carnal y padezco. *Padezco, pero medito.*

* * *

Máximas para los muros de mi cuarto

Padezco las pasiones, pero aquí las analizo.

Analizando me curo del sufrimiento.

El análisis nos liberta.

El sufrimiento, la guerra interna, hizo pensador al hombre.

Lo que más he padecido es *amor a las mujeres.*

Me parece que debían ser mías todas.

Padezco al pensar en que envejezco y que vendrán nuevas jóvenes. Aspiro a conformarme con vejez y muerte. Para eso medito.

* * *

Aspiro a la beatitud

En mí, encuentro los siguientes instintos: amor inmenso por las cosas terrenas, ríos, fuentes, plantas, minerales, muchachas. Otro inmenso amor por llegar a Dios, o sea, a muchacha que no envejezca, a la belleza modelo.

* * *

Remordimiento

Hoy tengo remordimiento. Hay gran combate. La manera de vivir que deseo desde que filósofo me está criticando los actos ejecutados ayer y hoy. Conozco un ritmo para mi vida y no lo he podido coger. Estoy encantado con un librito: *Vita ilustrata di Santa Teresa del Bambino Gesù.* Comienza:

A noi concedi, vergine beata,
Dolce Teresa del Bambin Gesù,
Bambina pure tu si fortunata
che ricantiamo il fior di tue virtù.

.....

Invoco a esta niña de vida rítmica para que derrame sobre mis hijos las rosas prometidas, y sobre mí también..., porque aún es posible coger el ritmo pues no he muerto. *Aún padezco, pero medito.*

* * *

Soledad

¡Qué solo! Hasta me causa admiración, a mí, a quien nada sorprende.

Parece mi destino vivir en soledad;
vivir a la enemiga. Si busco compañía,
me convierto en trapo sucio...
Cuando solo, ¡qué bellezas
mi alma y mi cuerpo!

Es como si «El Ruiz» o «El Tolima» quisieran vivir entre llanuras, acompañados. Es allá, altos, nevados, silenciosos, en donde y como cumplen su fin.

Fui a Bogotá y viví esa vida: beber, jugar y mujeres. Estoy como un trapo sucio. Jugué a los dados y vi que colocaban la mano sobre los montones de dinero, del mismo modo que el Mayor Santander.

A mí, entiérrenme en «Las Palmas», al pie de árbol de monte virgen, sin lápida ni señales, porque nadie desprecia como yo a Colombia humana. No hay aquí gente digna de remordimiento.

Mis propósitos son: vivir callado. Vivir sin buscar nada humano. Vivir sin ansiar. No seré prisionero del deseo; éste será mi instrumento.

Estuve ahora hablando de soledad. Hay estas leyes:

1º — Cada uno lleva en su carácter la ley que debe cumplir. Si atiende, desarrolla y cultiva eso, será grande como «El Ruiz».

2º — El mal está en desear lo que no somos, lo ajeno, lo propio de otros caracteres.

3º — Yo soy genial en soledad, en soberbia, en sinceridad y en angustia.

No soy para el amor carnal. Ahí soy nulo; un instinto divino me impide. No soy para sociedad (política, agrupaciones, acciones sociales). Ahí soy peor que nada.

Dios me llama a gritos. Desde mi infancia me está llamando a gritos, y, cuando me pongo a escuchar, parezco un dioscito. Nací para el remordimiento.

* * *

Invocación

¡Ven Dios, en cuanto eres solitario! Ven a mí y dame tu pecho, pues sin tu leche me siento morir. Ven y confórtame. Apártame de ajuntamientos, dame la lechita de la soledad. Robustece a este mamón, a este hijo de la soledad.

* * *

No tendré admiradores, porque creo solitarios; no tendré discípulos, porque creo solitarios; no me tendré sino a mí mismo. Yo no atraigo; arrojó a cada lector y persona que me habla en brazos de sí mismos. No puedo ser pastor, amado, jefe, maestro. Soy el cantor de la soberbia y de la sinceridad.

* * *

Remordimiento

Mi mujer tomó ayer en arrendamiento una casa en Envigado. Allí comenzaré el *ritmo*.

Existe en el hombre la tendencia a formar buenos propósitos en los días y acontecimientos más aparentes para su imaginación. *Es un fenómeno del remordimiento*.

El hombre se critica más ásperamente en las fechas y sucesos notables, porque ellos despiertan la atención. Añonuevos, cumpleaños, catástrofes. El espíritu se recoge y oye la voz de la conciencia. Entiendo aquí por *conciencia* el instinto de mejorar.

En todo caso, hoy, cuando murió aplastado Barrera Parra, me desprecio profundamente; no apruebo nada mi vida.

* * *

Remordimiento

1º — Lo hacen aparecer, aumentar o revivir las fechas importantes.

2º — Ídem los sucesos notables, sobre todo los desgraciados.

3º — Más que todo los sucesos imprevistos y desgraciados.

Explicación: porque todo eso perturba el curso ordinario, el ritmo de la vida, el yo. Es como piedra que cae al agua.

Advertencia. No se debe confiar mucho en promesas hechas durante perturbaciones del ritmo de la conciencia.

Se debe aprovechar la perturbación producida en el individuo o sociedad por los sucesos y fechas importantes, para bregar por obtener variaciones en la conducta.

Ley. La atención inconsciente aumenta en proporción a la anormalidad de los sucesos. De tal atención nace la crítica que produce el remordimiento, y nacen los buenos propósitos.

Pocas modificaciones quedan a causa de los sucesos extraordinarios, pero algo queda. Es como las grandes crecientes en los ríos, que parece que todo quedará modificado, y, vueltas las aguas a su normalidad, vemos pocos cambios. El progreso del hombre es lento.

* * *

Los santos

A medida que estudio el remordimiento, veo que sólo los santos viven la moral, se perfeccionan voluntariamente. Los demás lo hacemos involuntariamente; practicamos frases hechas; no las vivimos.

El artífice de sí mismo es el santo. Más importante es la vida moral (vivir la moral) que la vida científica (vivir la ciencia). El conocimiento de estas leyes de los cuerpos inanimados no tiene importancia al lado de trabajar con el remordimiento o sea, al lado de la santificación. El remordimiento es el puente que conduce al superhombre.

* * *

Continuación

Es opinión común la de que es preciso de vez en vez lanzarse a las pasiones, al abuso, para sentirse mejor.

Esto tiene un fondo de verdad; hay que despertar la atención, la crítica, romper el hábito, abandonar la monotonía, para que nazca el remordimiento, acicate de la perfección. Al hacerlo, hay lucha interior. Hay sacudida.

Instintos y deseos

Se padece en cuanto se desea.

El deseo nos hace vivir intensamente, porque despierta la atención, la crítica. El hombre es inteligente a causa de tener deseos contrarios, a causa de complejidad.

La única serenidad posible y deseable es objetivar el deseo. En cuanto está adherido, o mejor dicho, en cuanto hace parte del yo, es ciego, origen de males involuntarios.

El deseo objetivado es materia de conocimiento. Se puede criticar, apreciar y se puede juzgar de los medios para realizarlo. Además, objetivado, su vida depende de la inteligencia.

El deseo *subjetivo*, o que forma parte del yo, es irracional, loco, dominador y ciego. Al estar adherido al yo, su no cumplimiento nos parece la muerte de todo el ser. Le obedece uno como al instinto de conservación. *Está ofuscado, está loco, ciego*, dicen las gentes al referirse a un apasionado.

Remordimiento

Dice este diccionario de la Academia Española: «Remordimiento. (De *remorder*) m. Inquietud, pesar interno que queda después de ejecutada una mala acción».

Está bien lo de *inquietud*.

Pesar interno, está bien.

...*que queda después de ejecutada una mala acción*. Muy mal, pues el remordimiento es anterior, compañero y posterior a los actos; existe por actos *buenos* y por actos *malos*. Su intensidad la determina la vitalidad del instinto vencido.

Aun en las acciones que causan mayor alegría, hay remordimiento. Ya he demostrado que estos sustantivos abstractos se aplican a sentimientos mixtos, a emociones, y que dolor y placer se condicionan mutuamente.

El remordimiento acompaña al santo durante toda su vida y la santificación no lo disminuye sino que lo aumenta.

Santidad y serenidad son fenómenos contrarios. Nunca he podido entender en qué pueda consistir la serenidad de Goethe. En la vida moral no veo sino guerra, tormento. Como la

santificación consiste en elevarse en ideales, causa mayor delicadeza en la conciencia. Cada día se tiene como imperfecta la belleza de ayer. Se progresa, y, por ende, hay remordimiento.

La serenidad pertenece a los brutos. ¡Cuán serenos y bellos los animales!

Si por serenidad se entiende el conocimiento, la orgullosa humildad que produce el conocimiento, bien. Si la hacen consistir en ausencia de tormentos, búsqüenla en la estupidez de los grandes vicios.

Sucede lo mismo que en la estética, donde a medida que el gusto se refina, más exigente se hace, más defectos encuentra en los objetos contemplados.

Decir en cualquier campo: estoy satisfecho, es confesar que el ideal se alcanzó, que la obra llegó a donde va el conocimiento. Es impotencia en la facultad de ascender.

* * *

Continuación

Observación. La vida del hombre se elabora inconscientemente y luego aparece en la conciencia, *es conocida*.

Cuando el remordimiento se ha preparado en la subconsciencia y está listo para convertirse en consciente, alguna escena, hecho, lectura, encuentro, etc., lo hace aparecer y quedan así unidos indisolublemente, causados, por decirlo así. Tal me sucedió con este librito acerca de Teresa del Niño Jesús, a quien no apreciaba antes, porque es santa a quien han convertido en comercio; pues ayer, cuando Pilar me lo entregó y leí esa vida, escrita en inocentes versos, brotó de mí esta frase: «¡Qué ritmo tan bello el de su vida y qué feos el mío y el de estos curas que negocian con todo lo suyo!».

Ley. El remordimiento produce propósitos, modificaciones.

Ley. Para el aparecer consciente, el remordimiento se aprovecha de las circunstancias diarias.

De esta última ley aparece muy claro por qué nosotros, los místicos, los hombres morales, encontramos milagrosa toda la vida, así:

ESOS GALLINAZOS SON SÍMBOLOS
PARA MI ALMA TRASHUMANTE...

(De un poema que está en *Mi Simón Bolívar*).

Continuación

Cuando está en peligro la vida, cuando van a operarnos, por ejemplo, todos los ideales e instintos no realizados se ven perdidos irremediabilmente y remuerden con dureza.

Mientras se vive sin peligro, sin percibir la posibilidad de morir, los anhelos no satisfechos tienen esperanza. En el interior de todo hombre hay muchas frases tácitas, así: «Luego lo haré»; «mañana comenzaré»; «seré santo, seré héroe, seré bello», etc. Son miles de promesas con que apaciguamos a los instintos no realizados.

Ley. En los peligros de muerte, el remordimiento es terrible. Ningún dolor es semejante.

Ley. Cuando mueren las gentes, nos remuerde no haberlas amado y sido buenos con ellas.

Ley. Todo lo que nos recuerda la muerte, revive o aumenta el remordimiento.

Ley. La separación de las personas produce el mismo efecto que su muerte, con menor intensidad.

Problema

¿Por qué la agonía en las enfermedades que van debilitando poco a poco el organismo, sin afectar las facultades intelectuales, es un infierno de remordimiento?

Este problema es sencillo para el que haya entendido mis descubrimientos morales. Veamos.

En tales enfermedades, debido a la debilidad fisiológica, los instintos más carnales pierden su poder. De suerte que los instintos espirituales carecen ya de contrapeso. De ahí que estos señoreen en absoluto y que se lamenten de haber sido vencidos, de no haber sido satisfechos. Se hacen unos tiranos, verdaderos atormentadores.

Tales moribundos se admiran de haber vivido como vivieron.

Problema

¿Por qué no estiman a los hombres en el lugar donde viven? ¿Por qué no se es profeta en su tierra?

Este problema tiene similitudes con el remordimiento y por eso lo estudio aquí.

Cuando un hombre se va de su tierra, lo estiman más o lo odian menos, por estas razones: porque su ida es como su muerte, o sea, hace nacer el remordimiento. Al irse o al morir, sus conciudadanos *mejoran las intenciones, se hacen buenos*. También influye el hecho de que la ida o la muerte de un hombre, lo convierten en *pasado*; los intereses creados no encuentran en él un enemigo.

En la patria no se es profeta, porque allí hace uno parte de la habituación. Es lo mismo que sucede con la salud, que se aprecia apenas se pierde, o bien, con la juventud, etc.

Ley. Todos los muertos son buenos, menos aquellos que se convierten en bandera de partido, secta, agrupación...

Porque si se convierten en bandera, siguen luchando contra los enemigos, y para estos no han muerto.

* * *

¿Por qué afirmo que vivo a la enemiga?

Porque he luchado contra todo lo existente. No puedo tener amigos sino cuando mueran los colombianos de hoy y desaparezcan los intereses actuales.

Porque me odio mucho en cuanto soy persona, o sea, odio y lucho contra mis instintos. No he logrado aprobarme un solo día. Nada de lo que hice me parece bien. Es otra la vida que quisiera para mí. Quiero ser otro. *Padezco, pero medito*. Tengo abundancia de instintos.

Vivo pues, como hombre moral, en lucha conmigo mismo, derrotado casi siempre; hace cuarenta años que vivo derrotado, en angustia, amando a un santo que yo podría ser y siendo un trapo sucio; llamando a Dios y oliendo las ropitas de Toní. En realidad, soy un enamorado de la belleza, pero también hombre que persigue a las muchachas, que piensa a lo animal, etc., 99% hombre vulgar. Apenas si de vez en cuando puede mi alma mirar con hermosos ojos verdes a través de la inmundicia de mi conducta.

Y así como me odio a mí mismo, odio a la Colombia actual; y así como amo al santo que podría ser, amo a la Colombia que sueño. En consecuencia, mi lema será: *Padezco, pero medito*.

* * *

La tentación

¿Deseo faltar a mi ideal de sobriedad? Digo que estoy tentado.

Tentación es la manifestación consciente de una tendencia anárquica.

Digo *manifestación consciente*, para dar a entender que es un sentimiento causado por instinto que quiere cumplirse.

Digo *tendencia anárquica*, para indicar que se trata de algo que no es aceptado, que está fuera de la conducta a que nos obligan las ideas morales aceptadas por nosotros o por la sociedad. Cuando se trata de tendencia acorde con la norma de vida, lo llamamos deseo, inspiración, antojo, etc.

A cada instinto le tienen el individuo y la sociedad sus respectivos reglamentos, llamados moral social o individual. La conciencia normal de la humanidad se llama *moral religiosa*.

Conciencia, moral, leyes, costumbres, son manifestaciones del hombre y están en devenir.

El común de los hombres no tiene otra conciencia que la formal, esa que se encuentra en proposiciones llamadas *mandamientos*.

El hombre complicado (héroe, santo) es el rico en instintos, en herencias, en ideales; es el creador de la moral de mañana. Tiene muchas tentaciones, caídas y remordimientos. Es una víctima ofrecida al futuro humano. Allí está Cristo, crucificado para que el hombre progrese.

Tales individuos representan la parte revolucionaria, atormentada y llena de futuro. Para el presente son enemigos, anormales y no gratos, pues tienden a perturbar. De ahí que se les llame locos y criminales. Por eso la paradoja de Dostojewski acerca de que en los presidios están los genios.

Pero son la sal de la vida; hacen progresar a la humanidad y una vez llegada ésta al punto a que tendían esos genios, se les coloca en los altares y se dice: «¡Qué ingratos fueron los hombres!».

Ley. Mientras no se ponga atención consciente, la tentación no causa remordimiento propiamente dicho, sino intranquilidad.

Porque el remordimiento propiamente dicho, aquél sobre el cual trabajan los confesores, es el dolor de haber consentido en la tentación, de haber sido diferentes al ideal. Por eso, los moralistas oficiales dicen que no hay pecado mientras no haya decisión.

Consentir en la tentación *es pecado*, en la moral oficial, pues ya queda ejecutado el acto moral. «El que mira a la mujer, ya pecó».

Pero en el *proceso* hay mucho qué analizar. No se consiente plenamente; el remordimiento nace junto con la tentación y entraba más o menos la decisión y el acto. De tales fenómenos proviene el aspecto de ladrón que tiene el hombre en todos sus actos, ese aspecto que lo diferencia del animal, que le quita la belleza animal.

¿Se entiende ahora por qué los niños son tan bellos, por qué los grandes, como Jesucristo, han amado a los niños? En ellos no hay la indecisión, la malicia, el tormento. Tienen la inocencia del animal.

En este *proceso* de la moral: variedad de instintos, tentación, remordimiento, pecado, arrepentimiento, se halla la explicación de por qué todos los buenos observadores han dicho que el hombre no es completamente terrenal. Es un desterrado. Es un pájaro manco. Es animal que se tapa con hojas. En Marsella, un día invernal, vi a mi gatica «Salomé» que salió al jardín a defecar y miraba para los setos, con un principio de vergüenza, con temor de que su amante, el gato de *madame Rousseau*, pudiera verla, y eso me hizo derramar lágrimas: me parecía que en «Salomé» comenzaba a nacer la angustia del *pecado*. Lloraba por mí, por Adán y Eva, por todos los que hemos sufrido estas cosas divinas de la moral.

TENEMOS VERGÜENZA DE SER ANIMALES. He ahí un hecho que nadie puede negar. ¿Por qué nos avergonzamos de la Tierra? He ahí todo el problema moral y religioso.

Uno de los hechos esenciales de la moral es el siguiente: los seres más complejos, ricos en herencias diferentes, más delicados, de motivaciones variadas, son inhábiles para *ejecutar*, pero inteligentísimos para el razonamiento, para las artes, para la psicología.

La explicación es la siguiente: no obran, a causa de la crítica cerrada y múltiple que hacen los otros instintos. Son inteligentes, porque inteligencia es *crítica, guerra, atención, perturbación interior*.

Ahora se entenderán mis descubrimientos: *la cultura destruye a los pueblos. La cultura destruye al hombre en cuanto animal*. Siempre coincide la cultura con la decadencia de los pueblos. Los pueblos crecen y prosperan mientras son animales, guerreros, labradores, patriotas. Luego, la riqueza, la abundancia, producen la cultura y la degeneración consiguiente.

Se entiende también por qué he afirmado que en Suramérica habrá una gran cultura: porque tenemos muchas herencias, la europea, la india y la negra. Pero últimamente, al ver a los Getulios, a los Olayas y López Pumarejos, me he dedicado a meditar y he concluido que hay otros factores que nos impiden: llegamos tarde y vivimos vida de monos, imitando. Los suramericanos son monos.

En todo caso, a los hombres ricos en instintos les sucede para la acción lo que al ladrón a quien una jauría aulladora impidiera la marcha.

Creo haber explicado muy claramente lo que muchos observadores han expresado así: los inteligentes no son de acción y viceversa.

Nadie ha penetrado hondo en estos problemas. Lo que sucede es que *inteligencia es crítica*, y *crítica* es fenómeno que aparece en el animal que tiene muchas herencias, instintos múltiples y contradictorios. Inteligencia es nombre que se da al ataque que se hacen los instintos contradictorios y a los fenómenos que de allí resultan. Se debe decir, pues: los seres muy

complejos en instintos son muy atormentados por estos durante la realización de uno de ellos. Muchos instintos diferentes son como fuerzas que se neutralizan.

De ahí he procedido yo a la explicación de un hecho personal que he observado repetidamente y que fue el que me sucedió con Toní. Siempre lo he manifestado en los siguientes términos: *soy impropio para Venus*.

Veamos.

Mi instinto de fecundación está contradicho en mí por el muy fuerte de redención, de espiritualidad. Así, cuando me he visto arrastrado por aquél, éste me critica tan ásperamente que me impide obrar. Obro, ¡pero de qué modo! Mis ojos son entonces de ladrón, de pecado; mi caminar, ídem. La mujer, ni me oye; no me quiere ya; huye asustada, como si la indujera mi sentimiento de *pecado*. Por eso he dicho que UN ÁNGEL ME TIENE VEDADAS LAS PUERTAS DE VENUS Y DE LA POLÍTICA.

Resulta que nunca he podido gozar con esto de la fecundación a que los hombres llaman amor. Primero, por el instinto divino, tan poderoso en mí. Procedo en todo ello con sentimiento de *pecado*. Segundo, porque mi sentimiento de pecado induce a las mujeres y me dicen, como Toní: «*Ne fais pas ca!...*».

Desagradable, fuente de tormentos ha sido para mí la mujer, pero me ha servido para las delicias del conocimiento. Por eso, yo soy el que más sabe de *pecado*, *tentación*, *remordimiento*, etc. Claro está que esta sabiduría para nada sirve en Colombia; aquí sirven los cafeteros, los beodos, los ladrones. No hay un solo colombiano que tenga remordimientos.

* * *

La tentación va acompañada de remordimiento. Si no fuera así, no sería sentimiento de intranquilidad.

* * *

¿Cómo se peca?

Esto es bellissimo. Deseo o deseos que pretenden cumplirse. Deseo o deseos que se oponen. De la guerra de estos dos grupos nacen todos los sentimientos morales: tentación, remordimiento, pecado, arrepentimiento, confesión, propósitos de enmienda.

De ese contraste de instintos resulta, claro está, una inquietud en la vida interior. Propio de toda inquietud es hacerse aparente: *conocimiento*. La batalla es lo que se llama deliberación.

Ahora bien: *la atención* decide del triunfo. Triunfará aquel grupo al que dirijamos la atención consciente, pues atender a una cosa es olvidar las otras.

En la atención voluntaria es donde encuentro un grano de libertad.

¡La atención! Es para los deseos lo que el vidrio cóncavo para los rayos luminosos. Nada le resiste. No hay imposibles para esta obrera.

Atender es dedicar toda la energía a oír, a paladear, a criar un deseo.

Cuando atiendo a una cosa, no oigo, ni siento, ni veo, ni gusto de las restantes. *Estoy concentrado.*

Concentrado está el jugador que come maquinalmente lo que le presentan, que se admira de que amanezca y anochezca. ¡Olvidó el tiempo! ¡No tiene conciencia del tiempo!

Concentrado está el filósofo que sigue caminando y deja atrás su casa y cae en un hoyo.

El hombre concentrado es muy hermoso, está más allá de la belleza animal; hace parte de la divinidad. Es más hermoso que el obrero que hala y cuyos músculos se relievan. Decimos: PARECE QUE EL HOMBRE SEA UN ANIMAL, PERO DIVINO.

El arte de educar, de gobernar, de formar hombres libres, consiste en métodos para producir atención.

¿Qué no puede hacer un sabio, de un pueblo? Así se preguntaba Simón Bolívar. ¿Qué no podría hacer un presidente de Colombia, sabio y bueno, dada la cantidad de poder que se le confiere?

* * *

Panorama

En la cima a que llegamos en estos confesión y análisis, nos detendremos un instante para mirarle los ojos a la vida e interrogarla.

Hemos averiguado que los fenómenos conscientes, alegría y tristeza, remordimiento, tentación, son hijos de la batalla que se libra en nosotros, apariciones que se suceden al resplandor de la pelea; hemos descubierto que la *conciencia* procede de la contrariedad.

En el curso del análisis hemos empleado los términos *mejor, bueno, alto, bello, malo*, aplicándolos a tendencias de cuyo triunfo y vencimiento dependen los sentimientos morales.

¿Cómo determinamos esos valores? ¿Qué metro nos sirve para ello? Hemos visto que estos valores son determinados en cada momento por la resultante de las tendencias.

Tenemos, pues, que la moral y la estética son variables, porque proceden de equilibrio inestable. Ellas son síntomas, índices. La moral y la estética griegas indicaban gran equilibrio

en las funciones orgánicas, alegría de vivir en la Tierra. Los griegos estaban contentos de amar, de correr, de nadar, de respirar, de guerrear; se complacían en la visión del cuerpo humano. De tal equilibrio resultaba la ausencia de *sentimiento de pecado*. A ellos no les *remordía la conciencia* casi nada, únicamente a causa de estar feos, y suprimieron este problema, en Esparta, matando a los niños deformes o débiles.

En Grecia, la piedra de toque de lo bueno y lo bello era la sinergia orgánica; el espíritu, entre ellos, era, por decirlo así, la sonrisa de la carne organizada.

Luego vino el cristianismo. La esencia de esta moral consiste en hipertrofia del *instinto del cielo*, lugar en donde no hay muerte, cambio de sentimientos, infidelidad en todo sentido. La Tierra es infiel. El hecho protuberante de esta moral es el *remordimiento*. Aparece el cristianismo porque el hombre se resiste a desaparecer; se hipertrofia su miedo a la muerte, a dejar de ser propietario. Y para lograr el cielo, ¡guerra a la Tierra! Hay antinomia entre cielo y Tierra. Allá no se cambia, aquí somos mudables; allá no hay muerte, ni vejez, ni se deja de amar, «*se ama a señor que no muere*».

Por consiguiente, el hombre abandona la Tierra y se mete dentro de sí mismo a buscar el *espíritu*, la parte inmutable, la indestructible, aquella que no es el deseo, ni la pasión, ni el pensamiento, aquella que no pueden encadenar ni matar.

Pero el hombre, así encerrado dentro de sí mismo, siente que es terrenal; el amor lo tienta en las primaveras, lo tienta el odio, la carne reclama; cae, tiene remordimientos, enflaquece, se tortura, el cilicio, las hambres: ahí me tenéis al *santo*, al que se convirtió en campo de batalla entre la Tierra, repleta de las bellas apariencias que nacen, sonrían al sol y mueren, y el *cielo*, paraíso de la beatitud, de la eterna y completa satisfacción.

La piedra de toque de lo bello y lo bueno consiste ahora en lo que sea inmutable, lo que no se parezca a la Tierra y sus fenómenos. El grito del cristianismo es ¡odio a la Tierra!

* * *

Estética y moral

¿Bien y mal, belleza y fealdad per se? No, son fenómenos morales.

Veo que X asesina a otro y digo: «¡Qué malo!». Pues dado el modo de reaccionar X, y las circunstancias que precedieron y acompañaron al homicidio, éste fue un devenir; para el que tuviera todo el pasado en la cabeza, sería *un bien*, una necesidad de la economía vital.

El *bien* y el *mal* son fenómenos morales, o sea, reacciones nuestras de euforia o depresión ante los sucesos.

Cada ser vivo reacciona, crea valores.

Veo un sapo. Frío, y yo soy tibio; su frialdad me recuerda los cadáveres humanos, me trae imágenes de muerte. Ojos diferentes a los míos, forma y color distintos, etc. Siento repugnancia y a ella y sus derivados en mi interior es a lo que llamo *feo*.

Bello. Esta palabra nace en el hombre para calificar aquellos objetos que le causan sentimientos de vitalidad. Su raíz está en el sexo, en el origen de nuestra vida. Todo arte es amor, porque éste es origen de la vida. *Generalmente llamamos bello a lo que despierta en nosotros plenitud vital.*

Todos los adjetivos y adjetivos sustantivados son palabras con que bautizamos a conjuntos de sensaciones, emociones y sus derivados, deseos, pensamientos, etc.

* * *

Bien y mal, bello y feo, objetivos

Si consideramos que para que haya movimiento en nuestro mundo interior se necesita de objetos y actos exteriores, se puede afirmar que los adjetivos y adjetivos sustantivados son causados por dichos objetos y actos (son reacciones), y que, por ende, para cada individuo, colectividad y época hay su respectiva belleza, bondad, fealdad y maldad objetivas: consistentes en los conjuntos de cualidades que necesitan actos y cosas para despertar los complejos psíquicos, o sea, lo bueno, lo bello, lo malo y lo feo subjetivos.

Pero si al mismo tiempo consideramos que el mundo íntimo del hombre está en continuo cambio (equilibrio inestable), diremos que moral y estética no tienen valores absolutos, que bueno y bello son fenómenos, variables y efímeras mariposas de Psiquis.

Repitamos, pues se trata de los fundamentos de estas ciencias morales: adjetivos y adjetivos sustantivados son nombres que damos a los complejos que nacen en nosotros al contemplar objetos exteriores. De ahí que el mundo sea símbolo para el artista. El mundo es para nosotros un estimulante, así como las antenas de las hormigas para los pulgones. LA CREACIÓN DE VALORES MORALES ES REACCIÓN DE LOS ORGANISMOS.

Cuando decimos que objetos o actos son bellos, malos, etc., afirmamos que ellos reúnen las condiciones propias para incitar o deprimir nuestro modo de ser. Nos afirmamos a nosotros mismos; nos constituimos en METRO. *Bello y bueno* llama un *ego* determinado a las cosas que incitan su vitalidad, y viceversa para *malo y feo*.

Me parece que hemos llegado a las raíces de las ciencias morales.

Si nuestro *ego* cambia, distintas serán las reacciones y diferentes los objetos que puedan causarlas. Ahí está el cristiano, en quien las obras griegas causaban terror. El hombre no es ya Pericles. Sólo que en este caso, como nadie puede prescindir de los instintos vitales, de la euforia que produce la contemplación de la armonía orgánica del hombre, el cristiano decía: «*Belleza pecaminosa, belleza diabólica*». En los primeros tiempos del cristianismo, los

instintos griegos estaban aún muy vivos, muy cercanos, y Grecia tentaba. Grecia, Venus, Dionisios, sátiros, eran el *Diablo*.

¿Qué significa el nacimiento de ese concepto, *belleza pecaminosa*? Pues que el cristiano estaba *tentado*, que la Venus le instigaba los instintos terrenos, que sufría la bofetada de Satanás. «Siete veces siete peca el hombre», es decir, imposible es dejar de amar a la Tierra, nuestra madre, la que recibirá y absorberá amorosamente nuestros despojos. Con el cristianismo creció y dominó una motivación nueva, latente en los pueblos antiguos. De ahí que encontremos ya la belleza en el librito de Kempis: «Deja, hijo mío, la carne, el mundo y el demonio (paganismo) y búscame». Es decir, mata el cuerpo. «Abandona tus instintos terrenales y crucificate conmigo».

Pero resulta que por cristiano que sea un hombre no puede abandonar el cuerpo, a menos de suicidio; puede pegarle, pero... él lo tienta. De ahí que la estética se dividiera entonces en *belleza satánica* y belleza propiamente dicha (celestial). Mal, y *bello griego* se unificaron.

Creo que esta muestra de la variación histórica de los conceptos es suficiente para comprobar que se trata de reacciones.

Definamos: *belleza y bondad objetivas* son las cualidades que deben reunir los objetos y actos para producir en el hombre de determinada época los fenómenos a que llamamos belleza y bondad.

Belleza y bondad subjetivas son el conjunto de fenómenos internos que causa la contemplación de objetos y actos.

La belleza objetiva podemos dividirla en pagana, cristiana, bárbara, atrasada, normal, genial, perversa, etc. Tantas, como tipos de hombre, tantas, como épocas históricas bien caracterizadas.

Hay tantas bellezas como tipos de hombre. Baudelaire encontraba emociones estéticas en los olores de la putrefacción. Pueden decir que era degeneración, pero sus emociones existieron.

La belleza oficial de una época es el conjunto de cualidades que deben reunir los objetos o actos para que el hombre medio experimente las emociones estéticas.

Así, cada país tiene su belleza objetiva. Por ejemplo, en Colombia... ¡Me da risa pensar en lo que constituye la *belleza oficial* de Suramérica!

Lo mismo puede decirse del bien y el mal.

Estética y moral son valores humanos en cambio continuo. Y todo, hasta las matemáticas, son valores morales, reacciones de la materia organizada e inteligente ya.

Para que el lector aprecie el estado en que se halla Colombia en cuanto a estética, transcribiré la definición de *bello* que contiene el texto en que aprenden estas cosas en la Universidad de Antioquia.

¡«Belleza es lo que habla a los ojos del espíritu»!

* * *

Cristianismo antes del Renacimiento

Entonces fue cuando hubo verdadera tentación. Cuando la vida griega estaba cercana, en lucha, fue cuando el cristianismo se retiró al desierto, a pelear con todas las armas contra el mundo. Grecia tentaba y el cristiano azotaba su cuerpo, le negaba comida, se ataba a una columna, macilento, moribundo. ¡Esas eran tentaciones!

Pero... ¡jamás dejaremos de ser terrenos! En mil años sufrieron tanto los santos, que se cansaron y transaron con Grecia.

* * *

El Renacimiento

Fue una transacción entre la Tierra y el Cielo. Se convino en que las Venus servirían para estatuas de santas; que los *Padres de la Iglesia* aprenderían de los maestros griegos, para servir al arte, a las letras y ciencias cristianas. Que se podría pecar, pero con un poco de remordimiento y para confesarse. Se inventó el Purgatorio, el pecado venial, la compra de indulgencias. Grecia iba triunfando, cada día conquistaba posiciones, pero vino el atormentado Lutero y la parte bárbara de Europa, el norte, se opuso, y el cristianismo tomó su antiguo aspecto de tormento.

Obsérvese que el Renacimiento apareció en Italia, tierra de la vida, lugar delicioso en donde la santidad cristiana se ha manifestado en amor por todas las cosas, animales, colores, agua. El santo predilecto de Italia, su tipo, es aquel poeta insigne, Francisco, que le componía himnos al Sol y que suplicaba a Dios que le perdonara al Diablo.

Obsérvese que la reacción, la protesta (protestantismo), apareció en Alemania, tierra de almas informes, enemigas de transacciones, existentes de la verdad per se; metafísicos que ambicionan poner la bandera alemana en el cielo, en el mundo inmutable, infinito.

Si no hubiera sido por Alemania, Italia nos habría dado una nueva sinergia, nueva sonrisa de la vida.

Críticos y jueces

Si no hay norma per se para determinar lo bello y lo bueno, tampoco puede haber críticos ni jueces. Puede haber *diagnosticadores*, hombres que estudien y digan si actos y cosas reúnen las condiciones propias de las bellezas pagana, cristiana, bárbara, normal, degenerada...

Los verdaderos críticos son médicos morales, pues las obras son síntomas de los instintos en lucha, síntomas de la vida.

Un pueblo determinado, en determinada época tiene un modo de ser más o menos estable, y de acuerdo con ello se juzga, se castiga, se alaba. Tales son los *jueces* y *críticos oficiales*.

Moral y estética: valores provisionales.

Significado de este libro de mademoiselle Toní

El autor desea ejercer de crítico respecto de su obra: es libro *cristiano, muy tentado*. Se trata de cristiano que ama al paganismo, que a veces desea adquirir la inocencia de los grandes falos que ponían en las casas de Pompeya, porque, al mismo tiempo, vive en el sentimiento de *pecado*. Dos mil años de cristianismo pesan sobre él. Ama la juventud; contempla lo efímero de la juventud y... ¡llama a gritos al Redentor!

Es hombre del trópico que se encuentra con las estaciones, en pleno vigor de la edad madura. En Europa se encuentra con el renacer de la primavera y al mismo tiempo con el arte griego. Así aumenta su conciencia de pecado, tentación, remordimiento, goce y renuncia.

No se trata de un griego armonioso; se trata de cristiano tentado, nacido en época de crítica, en los días en que desapareció el *metro*, en este siglo XX en que no sabemos para dónde va la vida; nos parece que va guiada por instintos, pero no sabemos para dónde. Diariamente se ensaya una doctrina, budismo, metapsíquica, vitalidad, tiranía y renuncia. Aquí Mussolini, con Nietzsche, y allá Gandhi con el Cristo.

El autor de este libro, al retornar de Europa, se acuesta sobre los prados-esmeralda de su trópico, mira para el cielo, se pone a imaginar en dónde terminará lo que sigue de la atmósfera, y se pregunta qué seguirá, y qué seguirá después y siente un vacío angustioso. ¿Cómo se limita el universo?... Entonces entra a su cuarto, mira a Jesucristo crucificado y le pregunta: ¿Serás tú *El Señor*?

CUARTA PARTE

La semilla de donde salió «El remordimiento»

Fragmentos de mis libretas

—Año 1934—

14 de marzo. — He caminado todo el día. Veo a la muerte en las mujeres, tan hermosas, y en los árboles que se renuevan. *No me agrada la alegría.*

Voy a observar el llegar la primavera.

* * *

15 de marzo. — Ayer las mujeres estaban bellas, casi, casi sin ropa de lana. ¡Hasta las viejas estaban hermosas! Seca la piel, rosadas, ágiles. En *Plaza Castellana* vi una, jorobada, y estaba hasta muy bella.

Pero todos andan alocados por la primavera, como preguntando con sus actitudes y miradas: ¿dónde arrojo esta alegría? Se percibe, pues, a la muerte.

«Salomé» está intranquila desde el viernes. Ayer estaban seis gatos con ella, mirándose, yendo y viniendo... La entré, y los gatos aullaban ansiosamente, con sonido fiero; no era *miau* sino *meoo, meooo*. «Salomé» no sabe aún de qué se trata.

Anda asustada y atraída. Ayer trepó a una banca del jardín, y el gato negro de *madame Rousseau* le paseaba por debajo; ella brincaba, sacaba las uñas y alborotaba la cola. Tiene miedo, y no sabe y está atraída.

El primer efecto de la primavera es deseo de irse, de amar. Llevan muchos locos a los asilos. El Sol se acerca, poderoso rey, y atrae todo, jugos, ideas...

* * *

16 de marzo. — *Mademoiselle* Babi contaba ayer acerca de la joven Taylor: dieciséis años, tan admirablemente hermosa; es jinete; hija del coronel inglés en la India, pero su madre quiere jugar a los caballos; tienen nueve y los cuidan ellos, *madame, mademoiselle* y la joven Taylor. Anteayer fuimos a ver trabajar a la muchacha, rubia, belleza salvaje, hermosa potranca: embetunar los cascotes, preparar la mezcla de avena, acariciarlos... Un potro le mordía el cuello, las manos, la besaba... Hay otro, bravío, que no se deja manejar. La vieja quiso montarlo en el parque Borely; el caballo se enojó... «¡Cógelo, madre!...», gritaba la hija; pero

aquella temía, y entonces la joven se abrió de brazos y lo atajó: quedó dominado. ¡Estaba más bella que el sol primaveral!

* * *

Anoche oí gritos de gatos, desde el comedor. Eran ocho, que estaban en el dintel de la puerta de la cocina al jardín, sentados sobre los rabos, con «Salomé». Corrieron, al verme, y quedó la gata, fijos los ojos en los amantes fugitivos, sentada como esfinge.

Desde la puerta vi los ojos de los amantes, allá, entre las plantas... La luz que salía de la cocina reflejaba en tales ojos y eran como dieciséis estrellas, como almas desnudas. La noche oscura y se veían dieciséis puntos fosforescentes sobre el manto negro. ¡Cuánta electricidad! Era el *genio de la especie* hecho luz atrayente.

Entré a «Salomé». Se frotaba contra las patas de las sillas y removía la columna vertebral, en espasmos... ¡La pobre! ¡Maldito genio de la especie! ¿Sería poseída ya? ¿El grito que oí?...

¿Por qué me airé? Todo mi ser estaba eléctrico. Ahora comprendo que tengo celos; que les arrojé piedras a los gatos. ¡No quiero que «Salomé» deje la virginidad! ¡Curioso!: me subían imágenes sensuales, pensaba en *mademoiselle* Toní... Y pedí a la Virgen que me librara de la encarnación, del genio de la especie.

* * *

17 de marzo — Todos andan bellamente, hasta los tuertos y cojos; hasta el hermafrodita morfinómano que se para en AUX DAMES DE FRANCE a vender lápices.

Desde el primero de marzo siento gran deseo de viajar, de irme a ver, a pensar, y un ansia enloquecedora de amor... Me atrae lo desconocido.

Al mediodía, «Salomé» se echó en mi cama, a mi lado, intranquila. ¡Bestia en celo! Me inducía. La cogí para consolarla, para compadecerla, y me arañó. Se fue apresuradamente, y ahí, en el jardín, la esperaba el gato negro de *madame* Rousseau. ¡Qué escena salvaje! «Salomé» fue saliendo como una reina y se fue yendo derecha al encuentro del gato; éste huyó; «Salomé» brincó al cerco, persiguiéndolo... El Rousseau se fue viniendo, por un lado, astutamente, para cogerla desprevenida...; ella brincó para volverse y se acostó a revolcarse sobre la arena, desesperada. El Rousseau le brincó encima y le mordía la cabeza, sujetándola, pero inútilmente; ella gritó y mordió; eso durante varias veces; al mismo tiempo imploraba la satisfacción y amenazaba. En éstas, se aparecieron otros tres gatos negros, uno de ellos con el rabo pelado; me dio repugnancia y celos, y entré a «Salomé», y allá la dejé encerrada en el *placard* del consulado... Uno de los gatos olía los sitios en donde ella se había revolcado...

¡Ah!, recuerdo que un momento ella se vino para debajo de la banca, más implorante que nunca, y que el gato negro se trepó al mueble, y ella estiró sus dos patas delanteras y se agarró de uno de los tabloncillos...

¡Pobre! ¡Es arrastrada como va! No quiere, pero la impulsa el deseo. La primavera es necesidad ciega, impulso irresistible; por eso, estos países de Europa son productores de todo lo bueno.

* * *

Las diez y siete. — Recorrí las calles y estoy en el café «La Cigarra». ¡Estoy aterrado! ¡No quiero que «Salomé» sea de ese gato negro que tiene el rabo con una peladura! ¡No quiero! No puedo pensar sino en esto.

* * *

Vi a los hombres, que están mirando a las mujeres igual que los gatos a «Salomé», y las mujeres van arrastradas también, como las gatas... ¡Es una fatalidad la primavera! Uno que estaba recostado a la verja de la plaza de la Bolsa miró a la mujer que iba delante de mí, de un modo tan animal, que me causó tristeza de estar vivo.

En la calle Paraíso vi el almacén de flores: unas, moradas, morado hondo, hondo como la muerte. Ya percibo el olor de la vida, después de vivir tres primaveras en Europa: es olor de celo; es el mismo, esencialmente, que el de los cadáveres... Porque hay un comienzo de cadáver en el óvulo, un futuro muerto hay en el polen. Es el tiempo, tic..., tic...; huele a cadáver.

Había hortensias, claveles, y unas espigas ¡con qué colores! ¡Cuánto olor a vida! Pero recuerdo que aquella niña de calle Roma olía muy bueno; su aliento era delicioso, pero había un indicio remoto de cadaverina que me llegaba a la pituitaria, al rato de callarme y rumiar...

* * *

Estoy preocupado, pensando que mis hijos puedan abrirle la puerta a «Salomé».

Locura por irme a Niza, Cannes, Menton, por allá, a ver, pero, ¿cómo abandonar a «Salomé»?

* * *

Entré a pedirle a la Virgen que me libre del alma fisiológica; que no me *deje ir con ansia de volver*; que no me deje recaer en un útero, cualquier primavera, de aquí a mil años, en algún jardín público..., al mediodía, o en la noche bajo las mantas... ¡Terribles, eléctricos los ojos de mis futuros padres! ¡No me dejes caer otra vez en la carne organizada!

* * *

Sensaciones-imágenes que me suben: Toní tiene los pechos erectados, puntudos y separados; hieren la tela de la blusa.

Tiene los ojos afelpados. ESTÁ COMO «SALOMÉ».

¡Sólo Dios! ¡Sólo la idea de belleza! Lo que tenemos aquí es lejanísimos amagos de lo agradable, que nos vienen de más lejos que la luz de los soles que gastan mil años para aparecer aquí como ojos de gato en la oscuridad.

* * *

Mañana leeré aquella página en donde Alcibiades habla de la castidad de Sócrates, y aquella de Jenofonte en donde dice: «Nadie se alejaba más fácilmente de las cosas bellas».

* * *

Esta noche «Salomé» quería salir a todo trance. Casi hablaba. Casi pedía con palabras que le abrieran. Afuera maullaba el Rousseau. Ramiro (ocho años) dijo: «Eso fue que el amigo le dijo que si no iba le pegaría».

* * *

18 de marzo. — Me levanté a las cinco para abrirle a «Salomé». ¡Frío el día! Ella salió y allí apareció inmediatamente el Rousseau, sobre el zócalo. A «Salomé» la coloqué sobre la mesita. Apenas vio al Rousseau, fuerza ciega le hacía doblar el espinazo, revolcarse. Se bajó. El gato se le tiró encima, y la mordía, o más bien, le tenía la cabeza contra el suelo. El rabo de «Salomé» se movía agilísimo, como una serpiente. El macho hacía movimientos, bregando por poseerla, pero ella gritó y el gato brincó allá lejos... Se subieron al zócalo, y en esas Pató, el perro de la Babí, se vino a ladrarles, furioso, y huyeron junto con otros diez gatos que, escondidos, observaban con mayor egoísmo que yo la escena...

«Salomé» se trepó al plátano de *madame* Leonel, y allí se estuvo, con movimientos agilísimos de celo. El gato se paseaba al pie del árbol, llamándola. Descendió... Subí al balcón, para ver. ¡Nada! Allá están, entre las plantas de las eras de *madame* Rousseau, y no puedo ver nada. Hace hora y media que están allá. No me atrevo a ir a ver, porque es hora de levantarse, y me verían y preguntarían qué hago allí, en su jardín. Cada diez minutos oigo un chillido de «Salomé». En todas las cercas, sobre todos los muros hay gatos que observan y esperan... Lo cierto del caso es que creo que hasta ahora «Salomé» está allá, aterrada, implorante, sin poder huir, sujeta por el instinto..., pero que no se deja.

Acaban de abrir una puerta donde *madame* Rousseau y tengo celos de que ella vea lo que he estado atisbando hace tiempos.

Se me suspendieron las funciones fisiológicas con la intensidad de este estudio.

Cuando «Salomé» me seguía anoche, implorando, para que le abriera, la Toní dijo: «*Ce sera qu'elle a un rendez-vous*». Ella está en rijo, también. Está nerviosa; llora. Todos estamos desarreglados. Hay una tempestad del genio de la especie en todo el barrio y en toda Europa. Muchos se han enloquecido, en París: el principio de la primavera es terrible.

Madame Rousseau va a ver mucho más que yo de este idilio felino.

* * *

Ayer había ya muchas parejas en automóviles, ella echada sobre él, caída sobre él, aterrada por el instinto. Se van en los automóviles y los detienen por ahí en los caminos y hacen lo mismo que «Salomé», pero sin fatal belleza del instinto inocente.

* * *

Acabo de entrar a «Salomé». La encerré. El Rousseau y los otros andan por allá maullando, corriendo, buscándola...

La entré, para que nada suceda sin mi presencia y para que me den tiempo de anotar.

* * *

Hay ya muchos pajarillos; un pío, pío, constante. Voy a leer aquella página de Platón...

* * *

Madame Rousseau es delgada. La vi una vez en la tienda (*épicerie*); tenía el cuello curtido y aire de dureza muscular, y es agilísima...

Anteayer la vi por la playa, a las siete de la noche, muy puesta, muy bella e iba con uno... ¿Será el marido, que vino ya de pasear por Argelia, o será *un gato*?...

Los Leonel son jóvenes y tienen un hijo de tres años que ha engordado con el aire de aquí. «¡Parece noruego!», dijo Nicolaidés. Son de París.

El señor Leonel, veintinueve años, floreciente de carnes, dizque no come para no engordar más. Sale a las ocho por su automóvil, al garaje del jardín, y, entre el abrigo, se mueve su cuerpo nalgón, solemnemente como un pavo. *Madame* Babí opina que debe ser *muy simple*; lo llama *grosse poupée*... *Madame* Babí es alocada y es un genio de personalidad. Domina al Babí, que come y vive en la calle, huyendo de esa fiera. Pero a la hija no la domina. Ésta es ella, reencarnada antes de morir. ¡Qué genio de mil diablos, qué inteligencia, qué personalidad hiriente! A mí me quiere y acaricia y le tengo más miedo que «Salomé» al Rousseau. Va siempre con *Pató* y con Robert, en el auto de éste, y el pobre se muere por ella, está flaquísimo, dominado; es un excremento humano. No se casan, aunque sus padres son ricos, porque quieren dinero propio, no depender de padres y suegros. Robert trabaja en un banco y gana novecientos francos... Su papá le regaló automóvil para que paseara a la Babí. Ésta lo domina y lo mimas; le da bebidas calientes, ron, etc., cuando hay gripa; lo lleva y lo trae. El otro día les regalé una invitación para la inauguración del bar La Canebiere, y comieron y bebieron tanto —era gratis— que Robert tuvo un ataque de intestinos, a la vuelta, y ella lo bajó en el arroyo de Bonneveine, maternalmente, y le ayudó a vomitar... *Madame!*, le decía a mi mujer, ¡eso era horrible! *Il rendait partout. Imaginez-vous, madame!*...

Casi estoy seguro de que *mademoiselle* le ha dado a probar muchas cosas a Robert, pues es tan sabia, tan natural, tan impetuosa, y dice: «Su madre —la de Robert— quisiera que él me abultara, para que nos tuviéramos que casar... *Figurez-vous madame!*». *

F I N



* **Nota del editor:** Este diario se publicará completo, con el título de *Salomé*, segundo volumen de *El remordimiento* [Publicado en forma póstuma: *Salomé*. Medellín: Ediciones Autores Antioqueños, 1984. Segunda edición: 1994. Tercera edición: 2007. Cuarta edición: 2008].

Fuente:

González, Fernando. *Salomé / El remordimiento*. Medellín, Editorial Eafit / Corporación Otrparte, quinta edición, primera edición en la Colección Biblioteca Fernando González, agosto de 2008.

Última revisión en octubre 16 de 2017